

La Esfera

8 Abril 1916

Año III.—Núm. 119

ILUSTRACION MUNDIAL



LA MANTILLA ESPAÑOLA, cuadro de Pedro Sáenz Sáenz

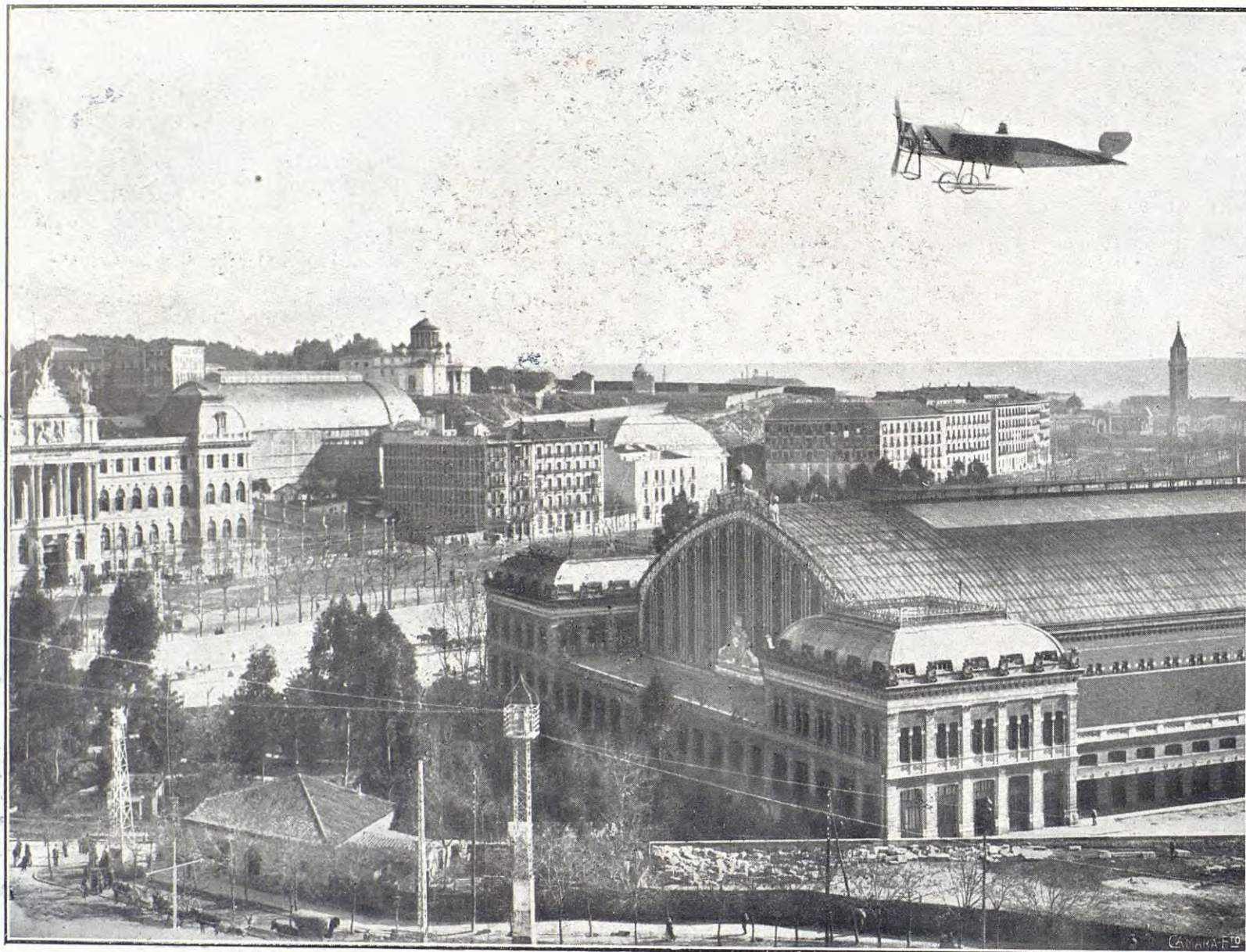
DE LA VIDA QUE PASA VUELOS SOBRE MADRID

DESDE hace algún tiempo, casi todas las tardes vuelan sobre Madrid los aeroplanos. Es un espectáculo muy siglo xx, que tienen la suerte de contemplar los que viajaban por estas calles no hace muchos años en tranvía de mulas y aun muchos contemporáneos de la primera locomotora que fué de Madrid á Aranjuez. Las lindas muchachas levantan la barbilla al cielo y sueñan luego con aventuras heroicas y raptos extraordinarios, como en las películas. Los muchachos creen que son ellos mismos los que vuelan y merced á ese aparato tan sencillo, tan frágil, se creen capaces de emprender la con-

iban «flechados de sí mismos». ¡Admirable deporte!

Pero D. Cleofás perdió el tiempo miserablemente viendo lo que pasaba de lejos abajo en las casas de la villa y corte. Tuvo ocasión de ir á Constantinopla y no fué. El diablo recorrió en pocas horas desde Madrid á Ginebra, desde Ginebra á las Indias, desde las Indias á Venecia. Voló sobre Italia, de Sur á Norte. El solo se atrevió á ir á la venta de Durazután en Sierra Morena y á emprender un recorrido de menos de cien leguas por Andalucía. Tan poca estima tuvo Velez de Guevara por su demonio volador

raviloso del Diablo Cojuelo ó del propio Lucifer que el de la ciencia moderna? Tan de fuera nos viene el uno como el otro. D. Cleofás, estudiante travieso, vecino de Madrid, ocupado y preocupado en intrigas y esperanzas cortesanas, se halla de pronto con un diablo que le dá la mano y le lleva á lo alto de la torre de San Salvador. Si no vá más lejos es porque él no quiere y porque no le interesa sino lo que puede mirar desde aquella atalaya. González Camo y los españoles que han volado tras él sobre Madrid, se han encontrado sin trabajarlo, sin pensar en ello, con el aparato prodigioso. Muchos



quista del sistema planetario. Es el triunfo de la energía humana y del entendimiento humano, puesto, como espectáculo, al alcance de los vecinos de la calle de Toledo. Es decir, lo maravilloso realizado, divulgado y vulgarizado.

El primer vuelo sobre Madrid de que yo tengo noticia, fué el de D. Cleofás Leandro Pérez Zambullo con el Diablo Cojuelo. Andaba por los tejados D. Cleofás huyendo—como sabe todo el que haya leído á Velez de Guevara—de la justicia y de un falso testimonio, cuando dió en un desván con la redoma de cierto astrólogo. No dice Guevara donde estaba el desván, pero lo indudable es que el primer vuelo con pasajero lo hizo el diablillo que salió de la redoma con don Cleofás, desde la guardilla ó buharda hasta el chapitel de la torre de San Salvador, atalaya mayor de Madrid. Para ello le bastó asirle de la mano. Sin aparato; por lo menos, no lo describe; sin motor y sin timón. Como se vé, la cosa más sencilla del mundo. D. Cleofás y aquel demonio *deportante*—que así lo llama Guevara, anticiéndose al vocabulario de nuestro siglo—

que le dejó prender por un alguacil y en la cárcel de Sevilla acabaron los viajes. Desperdició, como se vé, el estudiantillo D. Cleofás, la mejor ocasión para ver mundo y se redujo á repasar la guía de la nobleza castellana y andaluza, sus vicios y sus buenas prendas, lo cual muy bien podía haberlo realizado á pie y sin demonio de ninguna clase.

Buscando en los procesos de la Inquisición, es fácil que encontremos vuelos sobre Madrid, de fecha anterior al de D. Cleofás. Para ir á Zúgarraurdi, cabalgando sobre una escoba, en la noche del sábado, no necesitaban las brujas que se resolviera el problema del aparato más ligero ó más pesado que el aire. Indudablemente Vedrines siguió millares y millares de huellas ó de aéreas estelas al venir desde la frontera de Francia hasta Carabanchel, y cuando González Camo—un capitán de caballería—guió por primera vez un aeroplano, volando á trescientos metros sobre Madrid, la novedad no consistió sino en el procedimiento.

Pero, en el fondo, ¿que más dá el auxilio ma-

esfuerzos, muchas vidas sacrificadas, significan las breves fórmulas para fabricar un aeroplano. Centenares, millares de hombres han gastado su cerebro, su fortuna, su tiempo y alguna vez su existencia, en dar realidad al sueño de Icaro. Una colaboración constante é ininterrumpida de voluntades ardorosas ha tenido la virtud necesaria para vencer todos los obstáculos. Y el divino juguete, resuelto ya en teoría y en práctica, viene á ponerse como un caballo domado, á nuestra disposición. No hay sino aprender á manejarlo y subir en él. No hace falta la fantasía de Don Quijote cabalgando sobre Clavileño, porque Clavileño no volaba—nuevo testimonio de la desesperanza de Cervantes—mientras que esta máquina fabricada no por astrólogos sino por ingenieros, vuela de verdad.

Comodidad la nuestra que costará, indudablemente, algunos sacrificios. Y no pienso ahora en sacar la consecuencia lógica de la subordinación de D. Cleofás al Diablo Cojuelo

LUIS B. ELLO

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

IV

Asistía yo puntualmente al Congreso sin desplegar los labios. Oía, sí, con profunda atención cuanto allí se hablaba. De los debates no me ocupó, pues todo eso ha perdido interés en el vago curso de los tiempos. Trataré con preferencia las amistades que en el Parlamento hice. Por el cristal de mi memoria, que muy á menudo se empaña, pasan amigos de la política, de la literatura, de la prensa: Maura, Puigcerver, Canalejas, Villaverde, Gamazo, Balaguer, Núñez de Arce, Manuel Reina, Ramón Correa, Ferreras, el marqués de Castroserna... De los que cito á bulto, sólo vive Maura, actual director de la Academia Española, y aún conservamos la vieja amistad. Los demás pasaron, ¡ay! El que más perdura en mis recuerdos es el llamado *maestro Ferreras*, el hombre de mayor agudeza poética, el más sincero y consecuente, el que siempre fué la misma modestia, el que habiendo podido ocupar los puestos más altos no quiso salir de su condición humilde y laboriosa, el leal amigo y en mil ocasiones consejero de Sagasta, pues Ferreras poseía como nadie el arte de expresar fielmente la opinión.

En la primavera del 88 Ferreras y nuestro amigo el marqués de Castroserna me catequizaron para ir con ellos á la Exposición de Barcelona. Castroserna era un prócer opulento y generoso, primer contribuyente por territorial en dos ó tres provincias, liberal de corazón y muy adicto á D. Práxedes. Poseía una galería de cuadros notabilísima que heredó de su hermano el conde de Adanero. Solía comer en el Casino y casi siempre enganchaba en el Congreso á algún amigo para que le acompañase á la mesa. Llevaba consigo descomunal petaca llena de riquísimos habanos. Fumador empedernido, con exquisita urbanidad contagiaba del vicio del tabaco á sus amigos y comensales.

De acuerdo los tres amigos, partimos en el expreso para Barcelona; nos alojamos en un magnífico hotel improvisado que, si no me engaño, se llamaba Internacional. Visitamos la Exposición, maravilla en la cual se revelaban los altos pensamientos y la tenacidad del inolvidable ciudadano Rius y Taulet. A nuestro jefe Sagasta le veíamos diariamente en el hotel Arnús, donde residía, y á la Reina Cristina ofrecimos nuestros respetos en el Ayuntamiento, convertido en residencia palatina. En aquellos alegres días todas las naciones del mundo estaban representadas en el puerto de Barcelona con lo mejor de sus escuadras. Cuando la Reina salía de paseo en la lancha real, mandada por el general Antequera, estallaba el cañoneo de las salvas. El estruendo formidable, el humo, el griterío de los huírras de la marinería, daban la sensación de una colosal batalla entre los cielos y la tierra. Quien tal presencié nunca podrá olvidarlo.

S. M. la Reina Regente se dignó un día convidarnos á comer á los diputados que estábamos en Barcelona. Coincidió esto con la llegada del Rey de Suecia que, viajando en su yate, se presentó inopinadamente en Barcelona. Los tres amigos tuvimos, pues, el honor de comer en palacio con dos testas coronadas: Oscar II de Suecia y la Reina Regente de España. A la hora prescrita estábamos todos los invitados en un salón, hasta que un funcionario palatino anunció la presencia de los Soberanos. En la puerta vimos aparecer á la Reina Cristina cogida del brazo de un caballero de alta estatura y elegantísima prestancia: era el Rey Oscar. Siguiéronlos hacia el comedor y los invitados detrás. Cada cual ocupó su asiento en la mesa y empezó el banquete. Ni antes ni después de aquel día me había yo visto en actos tan ceremoniosos. Hablaba bajito con los que á mis lados tenía. Luego pude advertir que en la mesa reinaba cierta confianza y comunicatividad de buen gusto. La Reina y el Rey Oscar de Suecia sostenían conversación muy animada con Sagasta y las damas de la Reina; bromeaban y reían. Pronto entendimos que el Soberano escandinavo explicaba el origen de la conocida locución *hacerse el sueco*.

Oscar II merece de la Historia calurosos elogios; fué un Monarca verdaderamente magnánimo. En el final de su reinado surgió en los pueblos escandinavos el grave problema de la separación de Noruega. Antes que derramar en intestina guerra la sangre de los dos pueblos

hermanos, consintió en la secesión, prefiriendo la gloria de austera humanidad á las aparatosas vanaglorias militares.

En el correr de aquel año 1888, diferentes acontecimientos embargan mi memoria; no sé á cuál dar la preferencia. Nada os importa que escribiera en aquellos meses el segundo y tercer tomo de *Fortunata y Jacinta*. No sé si anticipar ó retrasar fechas para referiros una nueva viajata. Otro de los amigos míos más entrañables fué y es Pepe Alcalá Galiano, nieto del famoso D. Antonio y pariente de todos los Galianos que en el mundo han sido; Valera, Casa Valencia, etcétera... Empezó su carrera consular en Jerusalén; luego sirvió en diferentes consulados y, por último, pasó á Newcastle, donde estuvo muchos años. Había casado en Madrid con una dama irlandesa tan bella como ilustrada. Yo iba todos los veranos á Newcastle-on-Tyne y vivía algunos días con la feliz pareja en la casa del consulado disfrutando de la dulce hospitalidad inglesa. De allí partimos Pepe Galiano y yo para nuestros viajes estivales, que algunos fueron tan extensos como si diéramos la vuelta al mundo. Ved aquí la muestra: Embarcamos en el río Tyne para irnos á Rotterdam, interesante población holandesa; de allí fuimos á la Haya, y en esta capital, como en Amsterdam, admiramos las maravillas de la pintura neerlandesa en los museos de ambas ciudades. Si es maravilla grande la pintura de Rembrandt, no es maravilla menor la original estructura de la ciudad de Amsterdam, construída sobre canales como Venecia. Por verlo todo en aquella preciosa urbe visitamos con detenimiento el barrio judío, donde trabajan los lapidarios tallando el diamante. Y como urgía seguir nuestro camino para ver nuevas tierras, jardiños, Holanda limpia, país de jacintos y tulipanes; jardiños, praderas risueñas y vacas fecundas, cuyas ubres manan ríos de leche; jardiños, Reina Guillermina!—á quien no tuvimos el honor de conocer personalmente—. Adiós, adiós, que nos vamos atravesando las llanuras alemanas hasta Berlín.

Ya estamos en *Unter den linden* (bajo los tilos), avenida famosa que va desde el monumento del Gran Federico hasta la puerta de Brandeburgo, lo más animado y concurrido de la capital prusiana. Berlín es población grandona, triste; descuellan en ella el Palacio Imperial, la Universidad, el Parlamento, la modesta Residencia en que vivía Guillermo I; los Museos, así el de Pintura y Escultura como el Industrial, donde existen colecciones arqueológicas de un valor inestimable; el magnífico Parque que separa la población de Berlín de la de Charlotemburgo; el Panteón Regio, y en éste la soberbia escultura yacente de la Reina Luisa.

Visto y admirado todo lo interesante que posee Berlín, fuimos á Potsdam, el Versailles prusiano, y sin detenernos dirigimos al palacete *Sans souci*, labrado por Federico el Grande para pasar obscura y tranquilamente sus últimos años lejos del cortesano bullicio. En una de las salas de *Sans souci* está instalado hoy el *Museo Hohenzollern*, donde se admiran preciosas miniaturas, tabaqueras, autógrafos y miles de cartas.

Este palacio que ahora describo trae á mi memoria la siguiente anécdota hispano-prusiana: Cuentan que el embajador de Carlos III de España, marqués de Sotomayor, llegó á la presencia del Rey de Prusia y después de las ceremonias de rúbrica, le dijo: «Sire: mi augusto Soberano desea que Vuestra Majestad se digne informarle de la táctica que ha usado en sus gloriosas campañas militares para que sirva de norma á nuestro ejército». Oyendo esto el Gran Federico, quedó suspenso, y entre riente y burlón contestó: «¡Pero, señor embajador, si mi táctica es la española! La aprendí en la magna obra del marqués de Santa Cruz de Marcenado, que usted, como general, conocerá sin duda...» Quedó el marqués de Sotomayor tan corrido y turbado, que apenas pudo articular estas palabras: «Sí, Majestad, la conozco; pero...» Queriendo el Gran Federico cortar esta situación enojosa, cogió de la mesa próxima un papel de música y dándolo al embajador, le dijo: «Esta es una marcha compuesta por un gran músico alemán. Yo la considero obra maestra por su brevedad solenne y grandiosa. Llévela usted de mi parte á Su Majestad Católica para que la adopte como himno en los actos palatinos».

Ved aquí, lectores míos, cómo vino á España

la *Marcha Real*. Y si me dijeren que es *inventado*, como me lo contaron te lo cuento.

Vaya, caballeros, ya estamos aquí demás. Cogimos el tren y salimos pitando, atravesando Sajonia y Baviera hasta parar en Hamburgo, ciudad deliciosa, muy distinta de Berlín. En ésta domina la rigidez militarista; en Hamburgo el alegre bullicio comercial. En derredor del hermoso lago llamado Alster existen todas las casas de banca, las lujosas tiendas y los hoteles, donde casi todos los camareros hablan español. Hamburgo es ciudad cosmopolita; su inmenso tráfico con América trae á sus almacenes productos coloniales suficientes para abastecer á medio mundo. Apartada de la población comercial por largo trayecto en tranvías, está la población de los placeres, San Pauli, donde hallais los pasatiempos nocturnos: bailes, conciertos, cuartetistas, gran mujerío, rifas, etc., etc...

De San Pauli nos vamos á la célebre Altona, ciudad dinamarquesa separada de Hamburgo tan sólo por una calle. Los que atraviesan esta vía, si llevan una maleita en la mano, son registrados, porque se pasa de uno á otro régimen aduanero. Galiano y yo sufrimos este pequeño vejamen, porque en Altona hay que tomar el tren para Kiel, camino de Copenhague. Hacia la capital de Dinamarca nos encaminábamos. En Kiel, cabecera del canal que Alemania estableció para comunicar el Báltico con el Océano, tomamos un vaporcito que, en menos de una noche, nos condujo á Körsör, y de allí un rápido tren nos llevó á tomar el desayuno en Copenhague. La primera evocación que surge en mi mente es la del famoso escultor Thorwaldsen, que en los comienzos del siglo xix renovó el arte griego con maestría. En nuestro Museo de escultura hay algo suyo que no recuerdo. Estudiando en Roma fué el escultor danés muy amigo de nuestro pintor Federico Madrazo, que le hizo un retrato. En Copenhague se conserva la obra completa de Thorwaldsen, en el Museo que lleva su nombre. Allí están sus esculturas, unas auténticas y otras reproducidas; entre ellas, *El Día* y *La Noche*, dos bajorrelieves encantadores que, además de la fama, han alcanzado la popularidad. Visitando después todo lo interesante de aquella hermosa capital, es inevitable que lo imaginario se sobreponga á lo real. ¿Quién puede contenerse, dentro de la realidad, hallándose frente á la inmensa figura de Hamlet? Creado fué por un poeta, de quien otro poeta dijo que había creado tanto como Dios. Los *cicerones*, que abundan en toda localidad nutrida de recuerdos históricos ó de curiosidades sorprendentes, nos llevaron á contemplar lo que á juicio de ellos era *la gran atracción* de cuantos forasteros llegaban á la tierra danesa. ¿Qué portento querían mostrarnos los oficiosos *cicerones*? Pues nada menos que la tumba de Ofelia. ¡Por Cristo, la emoción que sacudió nuestros nervios ante aquel sepulcro apócrifo fué más intensa que si hubiéramos creído en la existencia de la infeliz doncella, hija de Polonio! ¡Oh poder del Arte que das al mundo creaciones más perdurables que las de la propia Naturaleza! Los *cicerones*, locuaces y muy aferrados á su oficio, nos hablaron de la pobrecita Ofelia como si la hubieran conocido y presenciado la ceremonia de su entierro. Mi amigo y yo, encantados de lo que habíamos visto, les preguntamos cómo íbamos á ver las famosas murallas del Sínore, donde se desarrollan las primeras escenas iniciales del primer de los dramas que en el mundo han sido. A esto nos contestó uno de ellos que las murallas existían lo mismo que en el tiempo en que se apareció el fantasma del Rey difunto. «En menos de una hora de tren pueden ustedes ir allá. Ningún viajero se va de Copenhague sin dar un vistazo al lugar donde el Rey difunto volvió del Infierno para contarle á su hijo lo que todos sabemos. Vayan, vayan...»

Fuimos, y, sugestionados por el mágico poder del Arte, recorrimos la muralla en la noche tenebrosa y siniestra... no sé si con los ojos de la razón ó con los de la cara, vimos la trágica, la hermosa escena... El espantoso espectro del Rey con cetro y celada pasó gravemente ante nosotros sin mirarnos. De improviso sonó el canto del gallo: al oírlo, el espectro desapareció, y nosotros volvimos á la desolada realidad.

B. PÉREZ GALDÓS

LA ESFERA

LAS JOYAS DE LA PINTURA



LA CONCEPCIÓN, cuadro de J. B. Tiepolo, que se conserva en el Museo del Prado

CUENTOS ESPAÑOLES

EL SISTEMA DEL DOCTOR JERKINS

VUESTROS manicomios—dijo el doctor Jerkins, después de apurar su copa de kirsh—son verdaderamente estimables: unos por sus orientaciones psicopáticas, dejan atrás al famoso de Luys y merecen mención extraordinaria; otros son sencillamente hospederías, cuando no asilos y reclusiones; pero en ellos el loco se cura rara vez. En mi casa de Nueva Jersey, se aplica un método especial, ideado por mí, que da resultados excelentes y que se funda en lo que pudiera denominarse el *contragolpe*.

Todos miramos al doctor con curiosidad y sorpresa; desde luego creímos observar que no era un hombre equilibrado; alto, descarnado, verdinegro, hablaba con exaltación neurótica, revolviendo los ojos en sus cuencas como un epiléptico, crispando los puños a cada frase enérgica, dejando caer con laxitud los brazos a lo largo del cuerpo en instantes de inexplicable y súbito cansancio; comprendimos que su carácter estrafalario era poco a propósito para interrupciones y polémicas y decidimos escucharlo hasta el fin.

—El *contragolpe*—siguió el norteamericano, después de una nueva libación—sólo puede hallar eficacia cuando se trata de una perturbación meramente funcional del cerebro...

Íbamos a decirle que la función crea o perturba el órgano, pero no nos atrevimos a discutir la tesis con tan vehemente interlocutor.

—Hay individuos enajenados—siguió impertérrito—que lo son por trastornos orgánicos o por una conformación viciosa del cerebro; no hablo de estos, ni menos de los imbéciles y paráliticos. Pero hay otros en los cuales, un choque rudo entre las ideas suscitadas por el medio en un momento de exaltación trágica y las que pudiéramos llamar innatas, han perturbado el funcionamiento normal de los centros nerviosos y alterado la disposición de los haces en forma que les impide reaccionar y convertir las sensaciones en juicios y en voliciones. Pues bien: el *contragolpe*, consiste en hacer entrar nuevamente en colisión brusca las ideas innatas con otras violentas opuestas, para provocar una crisis que restablezca la disposición primitiva o acarree al sujeto la muerte.

Nuestro asombro llegó a su límite. ¿No nos encontraríamos enfrente de un nuevo doctor Plumer? Como en la narración de Pöe, ¿no sería el supuesto doctor un alienado de Nueva Jersey, evadido de su reclusión por descuido o debilidad de sus guardianes?

Jerkins pareció no observar nuestro sobresalto y siguió parlotando con su nerviosidad acostumbrada.

—Hará próximamente dos años, ingresó en mi sanatorio un hombre fornido y normal en apariencia, llamado Samuel Whiston. Había sido escultor muy notable y se había hecho notar entre todos sus compatriotas por una honradez acrisolada que rayaba a las veces en el más exagerado puritanismo. Llamado a trabajar en el palacio de un millonario, un descuido suyo produjo un incendio formidable que destruyó rápidamente el edificio con todas las riquezas que contenía; la desesperación que se apoderó de él con este motivo y el gravísimo riesgo personal a que se vio expuesto, le produjeron una violenta crisis nerviosa y luego una enfermedad de que salió gravísimamente perturbado. Era un loco inofensivo, pero un caso excepcional de

amnesia. Todo su prurito consistía en preguntar constantemente y a cuantas personas veía quién era y por qué estaba allí. Fuera de la anulación de la memoria, Samuel conservaba sus ideas primitivas e innatas de honradez y laboriosidad; se hubiera hecho matar antes que producir el menor daño o causar la más mínima molestia al prójimo. Afirma Schopenhauer que los hombres tienen púas en el carácter, lo mismo que los puercos espines; pues bien, un humorista como Mark Twain, hubiera dicho que las púas de Samuel eran de manteca.

Después de lanzarnos esta necedad, el doctor apuró una copa de Martell y siguió impertérrito:

—Uno de los días en que con mayor insistencia me interrogaba Whiston acerca de su pasado, decidí afrontar el peligro y ensayar con él el *contragolpe*. Lo llevé a un extremo del jardín; lo senté en un banco a mi lado y, una vez que me lanzó la interrogación consabida,

—Samuel—le dije—: tú has sido general de un poderoso ejército.

Quedó como alelado; me miró fijamente a los ojos y pronunció resueltamente:

turas incomparables, los capiteles de sus torres, los ventanales de sus claustros, las traceñas de sus sepulcros, y con sangre fría inaudita, redujiste la maravilla a escombros, deleitándote al ver cómo, tras de cada explosión, caía hecha cenizas una belleza más, una irreemplazable joya de inspiración, una tradicional reliquia que fué asombro de los humanos.

—¡Mentira!—rugió frenético Samuel—¡Yo no he cometido esa infamia!

—¡Sí, miserable, sí—proseguí—; has hecho esas enormidades y muchas más. Entrado en la ciudad, permitiste el saqueo. Tus soldados invadieron los palacios y las pinacotecas, lo arrasaron todo, lo profanaron todo; se revolcaron como bestias en los lechos de las doncellas núbiles y dejaron sobre las alfombras el hedor de sus inmundicias. Y tú lo presenciaste orgulloso. Algunos niños fueron mutilados; mujeres indefensas, después de violadas, fueron atravesadas por lanzas y colocadas en los senderos como sangüarios trofeos. Una Universidad gloriosa fué incendiada por tí y las llamas consumieron los incunables, las obras más selectas de los sabios

excelsos, las máximas de los filósofos y los patriarcas. Más cruel que Atila, por donde tú pasaste no volvió a florecer el humano espíritu.

Sudoroso, convulso, Samuel comenzó a dar pasos gigantescos; se golpeaba airado las sienes, se mecaba el cabello y revolvía sus ojos, dilatados por el espanto en las órbitas.

—¡Miserable de mí!—sollozaba—. Soy la escoria de los bandidos. ¡Nunca mi culpa hallará perdón!

—Y todavía hiciste más—continué cruel y fieramente—. So pretexto de que habías auxiliado en su fuga a dos soldados heridos, te apoderaste de una enfer-

mera joven y hermosa. La sometiste a severo juicio, la martirizaste y, seguida de un pelotón de soldados, la llevaste hasta el lugar del suplicio.

—¡Ah, no!—gimió ya Samuel, puesto de rodillas y alzados los brazos en cruz—¡Decidme, por Dios, que no he cometido semejante infamia!

—La llevaste—proseguí sin hacerle caso—. La infeliz lloraba y se retorció en arranques de desesperación estéril. Fría, impiamente, como lo que eras, como un asesino, formaste tus soldados y alzaste tu sable. La figura doliente de la víctima, se destacaba con su alba vestidura y sus flotantes y rizados cabellos sobre la negra masa del muro. Sus gemidos no te hicieron estremecer; bajaste el arma refulgente al sol y una descarga hizo rodar acorrajado el cuerpo de la virgen. Tú lanzaste una carcajada, volviste la espalda y te dispusiste a hablar con un nuevo espía.

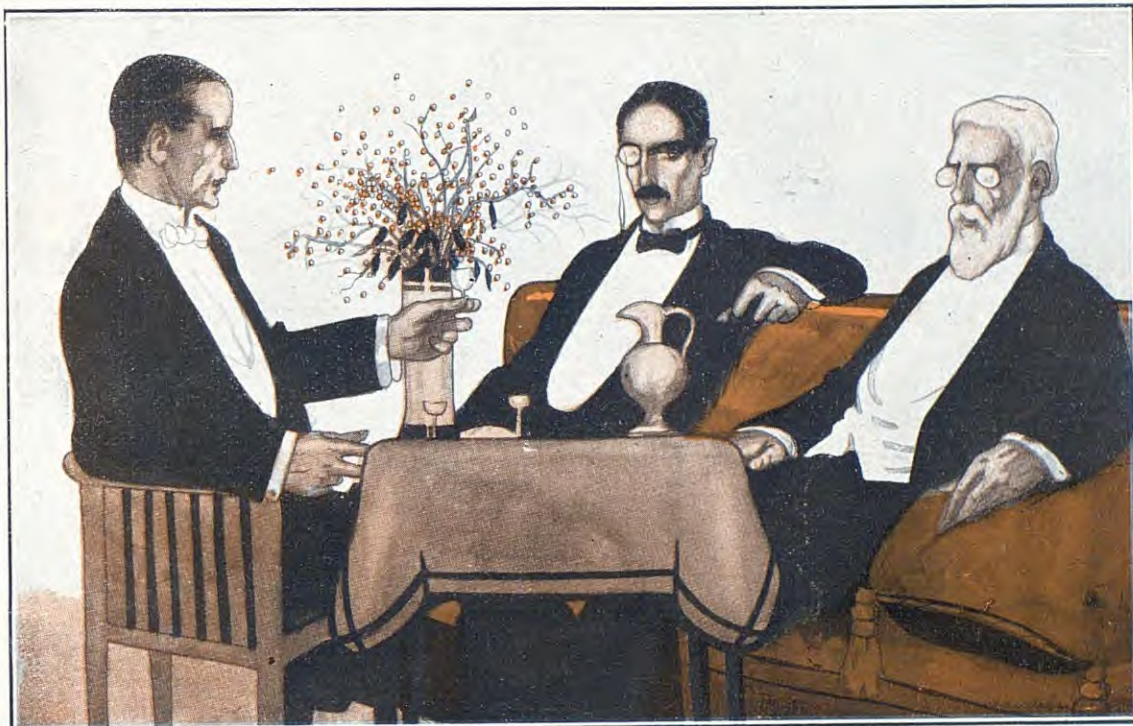
Samuel lloraba, reía, se revolcaba por la arena en los más violentos espasmos.

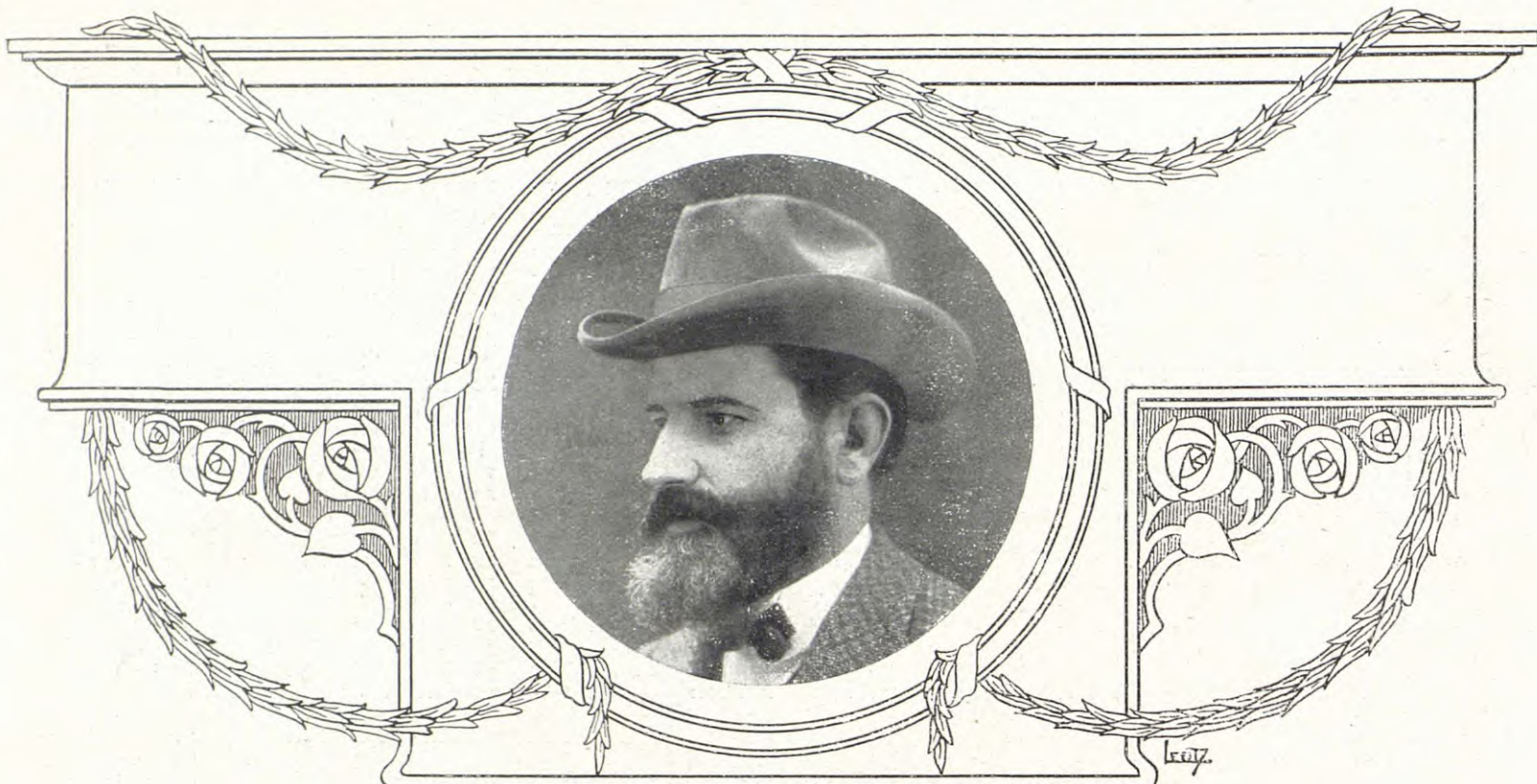
Sus ideas innatas de hombre honrado luchaban en contienda frenética con la convicción de su crimen.

Y la pelea fué tan ruda, tan grande su vergüenza, tan extrema su desesperación que, no pudiendo volverse loco de remordimiento y pesar, porque ya lo estaba, ¡recobró el juicio!

ANTONIO ZOZAYA

DIBUJO DE MANCHÓN





VICENTE MEDINA

SIN duda el lector recuerda el nombre del poeta. No han pasado tantos años. Aún vivían los maestros á quienes había convertido en ídolos aquella generación que no había sentido su rostro flagelado por la vergüenza del fracaso nacional... Eran los maestros Valera, Pereda, *Clarín*... Aún no se había suicidado Ganivet y todavía Joaquín Costa no había tenido ocasión de lanzar sus trenos ardorosos sobre las imbéciles muchedumbres. Había, sin embargo, ya en todos los ánimos una viva inquietud. Los políticos pretendían, en vano, tranquilizar á España, engañándola con aquella pertinacia de la última peseta y el último hombre, que encubría todas las imprevisiones... Los buques sin cañones y sin proyectiles; las bahías de Manila y de la Habana sin minas; los territorios sublevados sin ferrocarriles y aun sin carreteras estratégicas; una diplomacia torpe y cobarde sin atreverse á desenmascarar á los Estados Unidos... y con las pocas balas que quedaban se fusilaba á Rizal.

Mala ocasión era aquella para que la nación produjera poetas. Menos, el poeta civil que todos pedíamos; la lira estremecida de indignación y de ira que hubiese arrastrado al pueblo á la Revolución vengadora que nuestros famosos revolucionarios no sabían ni querían encender. Ese poeta hubiese tenido que ser un coplero vulgar, un romancero de aldeas y cortijadas; porque nuestro pueblo, como no sabe leer, está aislado de toda dirección intelectual sería y cuando se convenza de que tiene que hacer una revolución la hará de oídas, como aquella otra desdichada de

... en el puente de Alcolea
la batalla ganó Prim...

que no estuvo en Alcolea, ni se había aventurado á buscar á las tropas de Isabel II.

Y, sin embargo, en un semanario agonizante, casi ya sin lectores, se había publicado una poesía que nos había conturbado y estremecido á todos. Se titulaba *Cansera* y la firmaba un poeta desconocido: Vicente Medina.

¿No era acaso *cansera* la mortal angustia que España padecía? Este poeta singular, ¿no había condensado en una veintena de versos, en llano lenguaje del pueblo, toda la intensidad dramática de aquel momento que vivía España? El labriego huertano dialoga con un personaje ignoto, con su propia mujer, acaso, que le incita á ir al campo á trabajar. ¿Para qué ir? Aquel símbolo de España siente el tremendo cansancio, el tedio insuperable de quien desbordó las energías de su vida en una intensa labor y al cabo de ella advierte que ha sido estéril su esfuerzo. ¿Para qué ir al campo?

... Pa ver cuatro espigas
arrollás y pegás á la tierra;

pa ver los sarmientos ruines y mustios
y esnúas las cepas,
sin un grano de uva...

Y en su desesperanza el huertano gime que no ha de volver á pasar por la senda que conduce á su campo, por donde tantas veces cruzara alegre, riendo, cantando:

... por esa sendica por ande se fueron,
pa no volver nunca, tantas cosas buenas...
esperanzas, quereses, sudores...
¡tío se fué por ella!...
Por esa sendica se marchó aquel hijo
que murió en la guerra...
Por esa sendica se fué la a'gría...
¡por esa sendica vinieron las penas!...

Y esa senda era la Historia, cuyos últimos capítulos de grandeza escribíamos apresuradamente. *Clarín* consagró con un artículo al poeta novel. Pereda aseguró que *Cansera* le parecía una poesía genial. Maragall escribió palabras entusiastas. España, al fin, en aquellos días aciagos, en la tristeza de aquellas bajumbres, á las que no descendíamos, sino que rodábamos, tenía un poeta... ¿Cómo vivía el poeta, entre tanto? Teodoro Llorente, el admirado anciano, va á Cartagena y nos cuenta la ascensión amarga de este hombre. Venía de lo más humilde. Como Salvador Rueda, era hijo de jornaleros; de niño fué vendedor de periódicos; luego sus padres, advirtiendo sus gustos delicados, su afición á la lectura, su facilidad para escribir, le enviaron á Madrid y aquí fué criado en varias casas. Cansóse pronto y tornó al pueblo, ganando unas pesetas siendo mancebo en una botica. Sentó plaza y fué á Filipinas. Al regresar, cumplido el servicio, tenía veinticuatro años —dice Llorente—; era un hombre echo y derecho, sin una peseta ni modo de ganarla; era un poeta, por dentro, y nadie lo sabía ni lo adivinaba. Con sus ahorrillos de soldado puso una tiendezuela y no pudo salir adelante. Desesperado, quiso embarcarse para Orán; pero en Cartagena le detuvieron algunos amigos ofreciéndole buscarle colocación y en Cartagena quedó.

Allí le sorprendió su consagración como poeta. Pocas veces un nombre ha conquistado la fama tan prestamente. Arturo Reyes llevaba bastantes años de labor cuando Ortega Munilla le proclamó gran novelista y gran poeta; Gabriel y Galán no logró hasta su muerte conquistar nombradía fuera de los cenáculos literarios. Así otros muchos... Pero Vicente Medina había triunfado ruidosamente; *Cansera* había llegado al corazón de España. Era el éxito...

El éxito significaba para Vicente Medina tener que seguir ganando veinte duros mensuales en el Arsenal de Cartagena como escribiente. Luego, en el resto del día, llevaba las cuentas de una fábrica y ganaba otros veinte duros. Le quedaba la noche para leer, estudiar y componer

sus rimas. Tenía mujer; tenía hijos... España no sabía dar á su poeta más recompensa que los elogios de *Clarín*, que la admiración de Pereda y de Valera, que las palabras entusiastas de Maragall...

Y un día, hace años ya, supimos que Vicente Medina había hecho su hatillo y se había embarcado para la Argentina, persiguiendo la suerte que España le negaba. No iba, como Zorrilla á Méjico, en busca de la amistad de un Emperador, sino como van los rudos emigrantes españoles á que el dios Azar les cobije y les ampare y á que otro dios, más poderoso y milagrero todavía, el dios Esfuerzo, les enseñe las grutas y simas misteriosas donde la Fortuna esconde sus tesoros.

Y allá le llevó el Azar á Rosario de Santa Fe, y allá este hombre, templado en el yunque de tantas adversidades, trabaja y gana la vida de los suyos, con seguridades y amplitudes que en España no tuvo, y luego compone sus versos admirables. Pero donde quiera que va, en aquellas tierras donde el eco del castellano resuena y se reproduce con el mismo brío que en el solar originario, las gentes, al escuchar su nombre, al escuchar la música deliciosa del habla huertana en sus rimas, se pregunta cómo España deja ya que con la sangre viva de sus generaciones de braceros se escape en la emigración el alto espíritu de uno de sus más altos poetas. Y así fué. España, la pobre España, no tiene la culpa. Sus energías se van por el cauce del presupuesto nacional á tantas prosaicas socialifías, que no queda dinero para sustentar unas doradas jaulas en que los poetas cantaran; el pobre pueblo no sabe leer porque no le enseñan; en veinte millones de habitantes un poeta escasamente puede vender mil ejemplares de un libro. Y España, además tiene *cansera* espiritual; ha corrido demasiados mundos; ha sembrado excesivamente semillas de su raza, brotes y gérmenes de su pensamiento; y ahora mira en derredor y se ve reclusa entre el Océano y el Mediterráneo; jella que descubriera todos los mares...!; mira en derredor y ve en sus agostados campos espirituales

... cuatro espigas
arrollás y pegás á la tierra...
... los sarmientos ruines y mustios
y esnúas las cepas...

¿Para qué había de querer España retener un poeta? ¿Para qué estímulo de su sensibilidad había de necesitarlo? Como en la tarde triste de Santiago de Cuba, necesita España ir á olvidar su *cansera* al coso ardiente, donde se le ofrece el espectáculo de la sangre y la tortura, y donde unos hombres, herederos de los gladiadores y los retirios, hacen un arte de burlar la Muerte.

DONISIO PÉREZ



Dulce es el agua que corre...

Es, hasta lejícos, tuyo
de tal modo mi querer,
que mujer que te dé un aire
la quiero, nena, también.

Dulce es el agua que corre,
verde la orillita está...
un no sé qué del Segura
tiene el río Tunuyán.

Yo me he sentado á la orilla
á ver el agua pasar...
un pájaro de la Pampa
cantaba en un totoral...

Tengo un ranchito criollo,
tiene á su puerta un parral...
con aquellas barraquicas
poquita cosa se vá...

Canta un *cabecita negra*
en su jaula, sin parar...
¡páece una *caber-nerica*
de aquellas de por allá!...

Un campito en la llanura
mis bueyes arando están...
cae la simiente en el surco
y lleva el aire un cantar...

En la tierra y en el cielo
las confianzas están...

la buena tierra se ofrece
tan madre aquí como allá.

Puse allí mis esperanzas
y también las puse acá...
he sembrado un campo de ellas,
digo, he sembrado un triguil.

Y tuve mis ilusiones
que aquí no me han de faltar,
pues más de una ya he plantado,
es decir, más de un rosál.

Ya, como aquél, este suelo
me dá las flores y el pan,
y un no sé qué de mi tierra
le voy encontrando ya...

Y ya, corazón adentro,
esta tierra siento entrar
y, al quererla, quiero aquella
que no olvidaré jamás.

Por eso á veces suspiro
sin que pueda asegurar
si es suspiro de tristeza
ó si es de conformidad.

Por eso á veces suspiro
y hasta digo: «¡Qué más dá

orillicas del Segura
que orillas del Tunuyán!»

Blancos de nieve los Andes,
blanco el Aconcagua está...
¡páecen las sierras de Espuña... (1)
páece el pico del Cajal!... (2)

Sentado estoy á la lumbre
y arde leña de chañar...
al calorcico, recuerdo
lo que no puedo olvidar...

Sentado estoy á la lumbre,
pasan mis horas en paz
rodeado de los míos...
¡este también es mi hogar!

Dulce es el agua que corre...
verde la orillita está...
verdean mis sementeras
y echa rosas mi rosál...

Dulce es el agua que corre,
¡pero aunque lo fuera más!
¡¡no es el agua del olvido,
que no te puedo olvidar!!

VICENTE MEDINA

(1) Orillas del río Tunuyán, al pie de los Andes.
(2) Montañas de Murcia.

PRIMAVERALERÍAS



“Si yo fuese cura...”

Si yo fuese cura, me gustaría ser capellán de unas monjitas. En el crepúsculo de la juventud habríame ocurrido algo terrible, y de repente yo abandonaba el mundo para redimirme al amparo de la religión. Y me gustaría ser un anciano de esos tan pulcros, con la cara sonrosada, los ojos dulces por cansancio y una sedosa melena de nieve con reflejos dorados. Nadie conocía las borrascas de mi ayer, y desde la abadesa á la más ingenua de las educandas, todas me reservaban una canongía—el ascenso—en el Limbo. Solo la marquesa de..., tan vieja como yo, pero que conservaba en sus pupilas verdes la lozanía de sus tiempos primaverales, callaba al oír que alguien alababa mis supuestas excelencias, ó por el contrario excedíase en unos apasionados elogios. Y me gustaría hasta que las hermanas me creyesen un poco chiflado y las colegialas un poco caricaturesco. ¡Oh, no! ¡Oh, no! Nunca jamás constituir el espantapájaros de las almitas infantiles. Cien veces preferible el que las muchachuelas abusasen de mi bondad, como acostumbraban los jilgueros del conventico posarse en un árbol preferido del jardín. Por ejemplo, á lo largo de una siesta, rodó mi devocionario por el suelo, y mi boca se abrió, y dicen si á intervalos silbaba al respirar. Tanto se rieron aquellos querubines y tan alborotadamente, que me despertaron, y yo pude contemplarme en ridículo. ¿Y el remordimiento de mis deliciosos atormentadores, no vale nada? El remordimiento de una colegiala se llama ternura...

¿Conseguí que ya no me reconociese el dolor, al cambiar el frac de la noche y el baile inolvidables, por una sotana? Únicamente logré hallar voluptuosidad en el martirio. Acaso yo, el santo, continuaba en pecado mortal. Porque yo no me retiré á mis renunciaciones, desengañado del amor.

Quise que mi pasión por tí, la eternamente adorada, estuviese en *mi muerte conjurada*, como las reliquias del soneto de Garcilaso. Y así desdeñé el premio que podrías conceder á mis solicitudes, y huí de tí para no ver la inevitable decadencia, y toda mi vida ha sido como una cisterna que reflejase un lucero, el primer beso que tú diste á nadie y el último que yo he recibido. Ahora te amo infinitamente; cuando el órgano de nuestra capilla balbucea sus cándidas pastorales, me parece que vuelvo á arrullar tus oídos con las parrafadas visionarias de entonces; dialogo con los mirlos y con el incienso; pero sobre todo me emborracha de sensualidad el caminar descalzo por la apacible praderita del huerto, bajo la luna, y acariciar el césped húmedo y tan blando...

Desde la abadesa á la más ingenua de las educandas—*soñemos, alma, soñemos*—todas me reservaban una canongía en el Limbo. Yo era un anciano y un sacerdote, me purificaron la disciplina de los años y de la devoción. Yo era el único enamorado en la tierra, imposible la mácula en mi armadura de cristal. Los alifafes impedíanme mis antiguos sonambulismos en las hierbas mojadas, y el silbo de los mirlos llegaba á mí á través de las vidrieras. Al cabo de medio siglo, volví á encontrar á la mujer suspirada. Vieja, menos las pupilas verdes que semejaban aún dos hojas nuevas. Vieja y bellísima. Alta, ahilada, espectral, con su cabellera argentea, con sus dedos de luz de luna. Iba vestida de terciopelo negro y llevaba en la lisura del pecho un medallón. Su boticellesca elegancia habíase suilizado cada vez más, se transfiguraba armoniosamente. Cuando muera será más hermosa que nunca. Ahora ya espejea el alba de plata de la inmortalidad, como el cielo se esclarea en la cercanía de los mares, con la reverberación del oleaje...

Nos reconocimos, pero no hablamos sino de la nieta que la marquesa de... acababa de confiar á las monjitas.

Y vino la primavera y muchas de las educandas se prepararon para la primera comunión. El jardinillo olía con la resaca acritud de los mirlos y la espontánea fragancia de los rosales. Esos perfumes que inquietaban mis días juveniles y que ya no servían más que para sofocarme y aumentar mis jaquecas. Los ejercicios espirituales que anteceden como iniciación del sacramento, los efectuábamos en el jardín. Una de mis ovejitas era la nieta de la *señora marquesa*, una rapaza grande y elástica, que tenía los mismos ojos verdes..., solo que demasiado nuevos...

Una tarde, el diablillo arrancó una rosa encarnada y pretendió simular la comunión empleando por hostia un pétalo en donde manteníase una gota de rocío...

—De muchachos—dije yo—comulgamos con rosas, luego con estrellas y luego con almas...

Pasaron dos semanas y se celebró en el conventico aristocrático la ceremonia mayor del curso. Una á una desfilaron las educandas, con sus velos. El olor y el brillo de los cirios, el tumulto de la vistosa concurrencia, me mareaban, me emborrachaban. No importa. Yo acariciaba un proyecto enorme y no fracasaron mis ilusiones. Vaya en dos palabras. Después de las novias pequeñas, comulgaron sus familias. La marquesa también. Y yo—*soñemos, alma, soñemos*—puse mi espíritu en la forma consagrada y lo entregué á Dios...

—Si yo fuese cura—terminó mi amigo, despertando de su ataque de lirismos—me gustaría morirme así... ¿Iría á la gloria ó al infierno?

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

DIBUJO DE ESPÍ

LA CANCIÓN DEL DARRO

A MAR á Granada en primavera ó en verano, bajo el sol que es añil en los cielos, oro derretido en los trigales, púrpura en los claveles de los cármenes, y orgía de armiños y de azahares en las cresterías de la nevada sierra, es una vulgaridad, porque belleza tan fuerte y de bulto, á todas las pupilas se impone por igual.

A mi juicio el hechizo culminante de la ciudad del Darro es otro; Granada es una elegía suave, un suspiro, un primer beso; Granada es otoñal; he ahí su aristocracia: la cuna de los Abencerrajes debe ser conocida un día de Octubre, cuando al rumor de sus ríos la lluvia añade el suyo, y á la melancolía de las aguas filantes responde el silencio adusto de las rejas y de los conventos centenarios donde el Amor no pudo entrar, y parece llorar en sus puertas como un niño mendigo.

El verbo de Granada, su música mejor, su canción suprema, no es la de sus ruisenores, si no la de sus aguas corrientes. Por eso es alegremente melancólica; de ahí que floten sobre sus florecidos jardines hilos de perpetua nostalgia, porque las aguas vagabundas, que para avanzar necesitan descender, son la imagen de la vida, y de ellas, cual de ésta, lo mismo

podemos decir «que llegan», como «que se van».

¿Quién conjugó el verbo «ser» mejor que los ríos?...

Las aguas que bajan de la sierra y musitan en la paz enlutada del patio de Los Cipreses, allá en las alturas edénicas del Generalife, derivan hacia la Alhambra y luego á la ciudad, dividiéndose y multiplicándose en incontables regatos. Dos ríos cantarines y de violentísimo pilar, dos ríos de cauce angosto y nervioso, el Darro y el Genil, atraviesan la población, lamiendo los cimientos del monte donde el fuerte Alcázar se asegura, y deslizándose bajo la gracia de los puentes moriscos, se esconde de pronto en la tierra para reaparecer en seguida y volver á ocultarse. En los jardines seculares del palacio, á lo largo de las calles pinas como escaleras, en verano, en invierno, de noche, de día, el agua perpetuamente canta.

Su murmurio inextinguible, al principio sorprende, y sucesivamente, entristece, angustia, adormece y concluye trocándose en exquisita laxitud.



Granada.—La carrera del Darro

FOT. SOL

¡Oh, de noche, especialmente, á la luz embrujadora de la luna, y en la paz de los callejones retorcidos, oscuros y desiertos!... ¿Quién reduciría á palabras el eternal adiós de las aguas que ruedan hacia el valle?

«Nos vamos»—parecen decirnos.

Y á su alerta inconsciente una voz de elegía, de misticismo, responde en nuestro corazón:

«Nosotros nos vamos también»...

Es un frío interior, es una humedad que nos sube á los ojos, es un deseo vago de suspirar y de abrazar castamente á la mujer que amamos, pensando en que un día será vieja y estaremos separados de ella, ó por la Muerte ó por el Olvido...

Sierra Nevada llora; nada extingue su pena; hilo á hilo llora bajo la ventisca. Lloro bajo el sol, y sus lágrimas pusieron música al mago panorama.

El paisaje granadino, con su vega de un lado y de otro sus montes abruptos, es un majestuoso símbolo de nuestra propia historia. Las ro-

cas, dispuestas á veces en estratos verticales, los tejuelos parecen de los libros de la gloriosa biblioteca cósmica. La montaña, llena de arbitrarios perfiles, de resaltes imprevistos, de estridencias, caprichos, rebelías, errores y arrepentimientos, es la juventud; la llanura, mansa, fatigada y ecuanime, representa la vejez. La montaña es la pasión: hay en ella como una sed de infinito y de imperio; la montaña quiere exhibirse, subir, dominar; quiere ver; la montaña crece; la montaña solloza con los vientos; la montaña llora... y su llanto, á semejanza del de Biblis, al derivar por sus laderas, que son sus mejillas, se convierte en fontana.

Empieza el símbolo:

El agua del torrente, en sus orígenes, ofrecía visos rotundos, y según los momentos, era verde, era azul, era amarilla, al beso del sol; ¡era joven, en fin! Luego, al despeñarse, cambiaba bruscamente su color y tornábase vieja, cual si encaneciese bajo sus espumas; y, finalmente, era dulce, lenta, ecléctica, como la vejez. ¡Qué fuerte elocuencia la de esos rudos pedregones, que de modo insólito parecen adelantarse á detener el éxodo embravecido del raudal. Como el hombre mozo se revuelve contra las dificultades que

oprimen su deseo, así el torrente, al chocar contra las rocas, se enfurece, se encrespa, estalla en gemidos, y luego, no bien vence el obstáculo, se tranquiliza y asilencia: diríase que acaba de recibir un gran desengaño y que está triste, cual si una hembra—la pendiente—le hubiese engañado. Después, en cataratas sucesivas el agua volverá á derrumbarse, á espumear, á sollozar; pero menos, menos... menos siempre... hasta dar en el llano: gradualmente, al igual que los impulsos del corazón, el fragor de su caída será más templado, su quebranto más furtivo, y á la vez su caudal, como el caudal de la conciencia, irá alcanzando profundidad mayor.

Llorad, Darro y Genil; y tú, Granada, llora con ellos, porque el lagrimear de tus acequias es tu canción; llora, ciudad maga, hecha, más que para la pasión, para sufrir el desgarramiento arcano de las despedidas; llora, porque, como el dolor en los artistas, tu dolor es poesía...

EDUARDO ZAMACOIS

:AUTORES:
CÉLEBRES

EUSEBIO BLASCO

Fué un literato de cuerpo entero, excepcional, que cultivó todos los ramos de la literatura, brillando siempre como astro de primera magnitud. Fué poeta serio y sentimental de fina delicadeza y honda ternura; poeta cómico y humorista de sal ática y agudo ingenio; autor dramático de éxito resonante y continuado; novelista de los que saben despertar el interés desde las primeras páginas y mantenerlo hasta las últimas; cronista periodístico de asombrosa facilidad y de estilo aménisimo... Tocó todas las cuerdas y en todas dió notas brillantes. Tenía muchísimo talento.

Baste decir que ha sido uno de los poquísimos escritores españoles que han podido escribir, literariamente, en francés. Cuando ya tenía en España una brillante y sólida reputación de autor dramático, de poeta y de periodista, se trasladó á París y fué muchos años—lo menos dieciocho—redactor de *Le Figaro*. Pensar en español y escribir en francés, ser á la vez literato de mérito en ambos idiomas, como lo ha sido Blasco, es más difícil de lo que parece; pero él se lo encontraba todo hecho.

En lo que más ha sobresalido este escritor insigne ha sido como autor dramático. Estrenó su primera comedia en Zaragoza, su tierra natal, el 7 de Enero de 1862, cuando tenía 18 años, pues había nacido el 28 de Abril de 1844. Se titula *Vidas ajenas* y tiene tres actos. Gustó mucho. Poco después y alentado por aquel éxito, se vino á Madrid, y estrenó su primera comedia (en la villa y corte) con éxito desgraciado. El mismo me contó su fracaso, años después, y fué como sigue:

Actuaba en el teatro de Variedades el célebre D. Julián Romea, y Blasco, que era un jovenzuelo de 19 años, sin recomendación de nadie, se presentó al gran artista y le entregó una comedia. D. Julián, que jamás leía las obras de los principiantes, porque aquel joven le fué simpático, no sólo leyó su obra sino que la puso en escena. La noche del estreno, al fracasar la comedia, mientras Romea se preocupaba por no saber cómo consolar al pobre autor silbado, Blasco se le acercó y, poniéndole familiarmente una mano sobre un hombro, le dijo:

—¡No se apure usted, D. Julián; yo le escribiré otra!... ¡Esto le pasa al más pintado!...

—Tú llegarás, hijo mío—le contestó D. Julián.

Y, en efecto, llegó á ser uno de los autores más aplaudidos de su época. Y con sobrada razón.

Llevaba estrenadas, con buen éxito tres obras, *La antigua española*, *La mujer de Ulises* y *La tertulia de confianza*, cuando alcanzó un éxito verdaderamente excepcional con su zarzuela bufa, en dos actos, *El joven Telémaco*, estrenada en la inauguración del teatro de los Bufo Madridenses, el 25 de Septiembre de 1866. Un año después, el 27 de Noviembre de 1867, al corregir las pruebas de la tercera edición, dice el propio Blasco:

«...la obra lleva noventa y seis representaciones en Madrid y más de doscientas en provincias».

Teniendo en cuenta el número de representaciones que alcanzaban entonces las obras nuevas, las obtenidas por *El joven Telémaco* acusan un éxito de los que hacen época. Y así fué en efecto. Las coristas se llamaron *suripantas* durante muchos años, desde que Eusebio Blasco las llamó así en *El joven Telémaco*. El año 73, un diputado de la oposición le decía al ministro D. Eleuterio Maisonnave:

—Su señoría pierde el tiempo *suripanteando* en los bastidores del Circo.

Y la música, del maestro Rogel, se popularizó en seguida. De esa zarzuela es el número que empieza: «Me gustan todas...», etc. Fué la primera obra bufa que se escribió en España, y no es aventurado afirmar que aclimató el género entre nosotros. *El joven Telémaco* es un derroche de gracia y de ingenio.

Distinguióse siempre Eusebio Blasco en sus comedias, en sus novelas, en sus poesías, en sus crónicas y, en suma, en todo lo que escribió, por una suprema elegancia, una inagotable amenidad y un gusto exquisito y depurado, lo mismo en verso que en prosa. En la mayoría de sus comedias el asunto es lo de menos: la importancia y el mérito están en la forma, en *el modo de hacer*, en la soltura y gracia del diálogo y en la pintura de los tipos. Por su facilidad y su des-

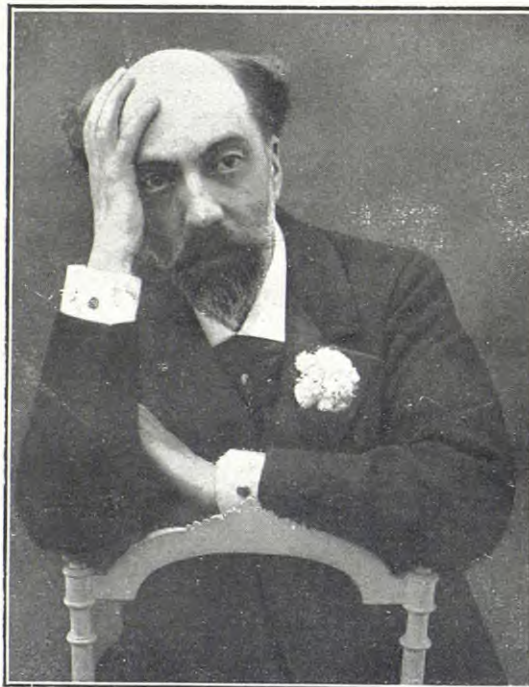
enfado, era el heredero natural de Narciso Serra. He aquí dos redondillas que parecen del autor de *Don Tomás*:

«Ligera como una flecha,
devuelve ese brazalete
San Onofre, diecisiete,
tercero de la derecha.»

«A no llevarme á Bruselas
la muerte de mi madre asiría,
mi caso con una sastría
de la calle de las Velas.»

Inspirándose en una pieza en un acto de Alfredo de Musset, *El capricho*, escribió su preciosa comedia en tres actos, *El pañuelo blanco*, que es un dechado de delicadeza, ingenio y donosura, y que vale bastante más que muchas comedias originales citadas con encomio. En esta obra, el personaje de la brigadiera, que es la protagonista y que interpretaba magistralmente Matilde Díez, es creación de Blasco.

De las setenta y cuatro comedias que estrenó se puede decir que más de la mitad son notabilísimas, que no pocas son muy aceptables y que no hay ninguna enteramente mala. Entre las mejores se pueden citar *La señora del cuarto bajo*,



EUSEBIO BLASCO

No la hagas y no la temas, *La mosca blanca*, *El miedo guarda la viña*, *El baile de la condesa*, *El anzuelo*, *La rosa amarilla*, *Juan García*, *El bastón y el sombrero*, *El primer galán*, *Soledad*, *Buena, bonita y barata*, *Los dulces de la boda* y otras muchas.

La última de las citadas es, á mi juicio, la mejor y la más bonita de todas. Trátase, en efecto, de una comedia simpática, alegre, regocijada, sin tesis pretenciosa ni *finalidad* de ninguna clase, de trama sencilla é interesante, primorosamente escrita y rebosante de ingenio y de gracia. La acción de *Los dulces de la boda* se desarrolla en el país de mis amores, en la hermosa región andaluza, donde tuve la dicha de nacer, y ese es un motivo más para que yo coloque esa obra sobre todas las del ilustre autor, un autor aragonés que supo reflejar como pocos el ambiente, los caracteres y las costumbres de Andalucía.

Esta admirable comedia se estrenó en el teatro Español el 24 de Octubre de 1871, siendo interpretada por Pepa Hijosa, Elisa Mendoza Tenorio y los Sres. Mario, Ossorio (Manuel), Alisedo, Jover, García y Marcoti.

A su vuelta de París, donde había permanecido dieciséis ó dieciocho años, consagrado al periodismo, notóse que había perdido algo como autor dramático. Su comedia *Juan León*, parecía la comedia de un francés, que solo de oídas conoce las costumbres españolas: aquel torero lo es de pandereta, el *torreador* de que hablan los escritores franceses. De tal modo se había asimilado Blasco el temperamento y el sentir de nues-

tros vecinos. En otras obras que escribió en ésta, que puede llamarse su segunda etapa, en *El guapo rondeño* y *El Angelus*, por ejemplo, se defendió mejor que en *Juan León*, aunque no llegó al nivel que alcanzan *El pañuelo blanco*, *Los dulces de la boda* y otras muchas comedias de su primera época.

Queda consignado que estrenó su primera obra en Zaragoza en 1862. Su última fué un juguete cómico, *La fonda del potro*, estrenado en el Español en Febrero de 1902. Cultivó, pues, la literatura, en todos sus géneros, durante cuarenta años. Su labor es copiosa. Además de las 74 comedias, produjo 35 tomos de otros géneros, y de seis á siete mil crónicas y artículos políticos y literarios en los periódicos de España, París y Repúblicas hispano-americanas.

No se puede decir que se fué de *rositas* de este mundo y que no tenía ganado el descanso. Murió en Madrid el 25 de Febrero de 1905, á la edad de cincuenta y nueve años, y cuando aún estaba fresco y lozano su peregrino ingenio. Dejó inéditas (unas concluidas, otras sin terminar y otras planeadas), dieciocho ó veinte comedias.

Se cuentan muchas y muy pintorescas y graciosas anécdotas de Eusebio Blasco. He aquí algunas:

En cierta ocasión se echó á la calle una mañana temprano (y ya era un *colmo* que Blasco madrugase), al objeto de buscar cinco duros para las inaplazables é ineludibles necesidades de aquel día.

Encontró lo que buscaba, y cuando nuevamente se dirigía á su casa, al pasar por la Carrera de San Jerónimo, vió en el escaparate de una gran tienda de lujo un precioso y elegante bastón que le gustó extraordinariamente. Sin vacilar se coló en la tienda y preguntó á un dependiente:

—¿Qué vale este bastón?

—Cinco duros.

—Como estos.

Y salió á la calle muy ufano, tarareando un aire de su zarzuela *El joven Telémaco* y haciendo un molinete con el bastón al compás de la música. Ya en la Puerta del Sol se encontró con un amigo, el cual le dijo:

—¡Hombre, qué bastón tan bonito llevas!

—¿Te gusta? Tómallo, te lo regalo.

—De ninguna manera; ¡no faltaba más!...

—Lo tomaré á desaire si no lo tomas.

Y el amigo tuvo que aceptar el bastón... para que Blasco no se ofendiera.

Estrenaba una comedia—que creía peligrosa—en el Teatro Español, y no queriendo presenciar el estreno y deseando al propio tiempo saber lo que ocurriría, se fué á un cafeticho que había en la plaza de Santa Ana, esquina á la calle de la Gorguera (hoy de Núñez de Arce), frente al callejón del Gato, y encargó á un amigo que fuera allí á llevarle noticias de lo que pasará, acto por acto.

En el primer intermedio fué el amigo y le dijo: —El primer acto ha pasado en silencio, sin pena ni gloria: no se han *metido* con él, pero tampoco han aplaudido.

—No dejes de venir á traerme noticias en el intermedio del segundo al tercero: estoy con el alma en un hilo...

Al marcharse el amigo fué presa de una impaciencia febril. Si el primer acto había pasado en silencio, ¿qué pasaría en el segundo? Frecuentemente miraba al reloj y los minutos le parecían siglos. Cuando calculó que el amigo debía volver y no volvía, la impaciencia se trocó en desesperación. ¿Habrían empezado el tercer acto y ya no vendría el amigo hasta la conclusión de la obra? No, pues él no estaba tanto tiempo sin saber lo que pasaba. Salió del café y cautelosamente se fué acercando al teatro. La plaza estaba desierta y la luna brillaba en todo su esplendor. Blasco seguía avanzando. Cerca ya del teatro se le acercó un pilluelo y le dijo:

—¡Señorito: cómpreme *usté* esta contrasena!... ¡Se va *usté* á divertir mucho!... ¡Están gritando la obra horrosamente!...

Figúrese el lector cómo se quedaría el ilustre autor dramático, el inspirado y sentido poeta, el cronista sin rival...

Su estela es imborrable, su nombre está grabado en el templo de la inmortalidad.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

LA DEFENSA DEL CAMPO ATRINCHERADO DE VERDUN



El general Petain, organizador y mantenedor de la defensa de Verdun

DIBUJO DE MATANIA

Asombro del mundo entero está siendo la heroica defensa del campo atrincherado de Verdun. La dirige un hombre ya glorioso, el General Henri Philippe Petain. Nació este invicto caudillo el 24 de Abril de 1856 en Cauchy-à-la-Tour, (Pas-de-Calais). Teniente en 1885, su bravura y su esclarecida inteligencia conquistaronle rápida carrera.

Desde jefe de un cuerpo de ejército, ha pasado á asumir las responsabilidades más transcendentales de la presente guerra. Los «peludos» le adoran. Plenos de confianza en su general, van serenos y contentos á la muerte, cantando un «couplet» popular en las trincheras: *¡V'la Petain, gare au polin!*...

LOS GNOMOS

Era, según la Historia, una Princesa de manos de jazmín, labios de fresa, de dientes de azahar y ojos de cielo...

de hermosura tan rara, tan alta, tan excelsa, que tenía el oro de los astros en su pelo, la nieve de las cumbres en su cara y en su boca un torrente de ambrosía. Blanca-Flor la llamaban por hermosa, por Blanca-Flor la niña respondía, y era, en verdad, tan bella, que al correr por la selva silenciosa su rostro parecía el claror fugitivo de una estrella.

Un día la Princesa persiguió á una dorada mariposa que de rama en rosal, linda y traviesa, se alejó del castillo presurosa.

Cruzó lagos y puentes, pasó por entre mirtos y rosales, oyó la ronca voz de los torrentes y se perdió entre breñas colosales.

Paróse fatigada, de sus inciertos pasos mal segura, y tendió una mirada por la tupida red de la espesura.

Estaba en una selva enmarañada, de seculares pinos corpulentos que tendían su inmenso varillaje para dar con su druidico ramaje nido á las aves y arpas á los vientos.

En el cóncavo hueco de una roca una gruta romántica se abría como un monstruo feroz de enorme boca que en el tétrico fondo se escondía. La miró Blanca-Flor, y en la tajante escala que entre sombras se perdía, puso incierta su paso vacilante y á tientas caminó, ciega y curiosa, por la negra caverna misteriosa. Transparentes macizos de cristales lanzan rayos de luz como saetas; altos bloques de auríferos metales destellan en cascada cristalina, y un río de cambiantes y facetas se desborda en magníficos raudales por un cauce ideal de luz divina. Bajo un chorro de vivos resplandores se tendían las camas primorosas, como lechos de niños seductores ó cunas de muñecas deliciosas. Y entre piedras de vívidos fulgores, la mesa preparada con vasos de cristal como dedales,

parecía esperar, iluminada, la visita de enanos comensales.

Blanca-Flor, fatigada, se acostó sobre el lecho misterioso y tendió sus cabellos en la almohada como un raudal ardiente y luminoso. Y á la luz de la mágica cascada por arte de los genios encendida, pensando en la fantástica morada poquito á poco se quedó dormida.

Un puñado de rojos hombrecillos á la gruta llegó... Lindos enanos, traviesos como bellos pajecillos, barbudos como viejos soberanos. Eran los gnomos, reyes de la tierra hijos de un Silfo y nietos de una Oadina, habitantes del bosque y de la sierra, señores de la gruta cristalina.

Reinaban en la sombra arrancando zafiros refulgentes, con un arco de luz sobre las frentes y sangrientos rubies por alfombra.

Blandiendo sus piquetas herían los auríferos metales; amontonaban piedras y cristales de vívidos destellos y facetas y al revolver el mágico tesoro se abría un surtidor de resplandores como una rubia catarata de oro abriéndose en un arco de fulgores.

Un príncipe de altivo continente, de rostro bello y de gallarda traza, apagó los rugidos del torrente con sus bélicos cánticos de caza. Jinete en alazán de noble raza, el misterioso príncipe gallardo lucía la metálica arnadura bajo el negro ropón de su tabardo. En el soberbio escudo, que esplendía con soberana luz, radiante y pura, entre hojas de esmeráldica verdura el timbre de su nombre se leía.

Luciendo su magnífica apostura penetró en la caverna misteriosa; miró un instante, sorprendido y quieto, la magia de la gruta luminosa, y al ver á Blanca-Flor, quedó sujeto á los ricos hechizos de la hermosa. En vano una mujer bruja y artera,

sibila de los bosques, envidiosa, quiso perder á Blanca-Flor, celosa, haciéndola de un brujo prisionera.

El príncipe gentil rompió el encanto con el poder de su tajante espada, y la vieja cruel, llena de espanto huyó de su presencia, acobardada.

Sobre la nivea frente de la gentil pareja enamorada cayó como un torrente el espléndido sol de la victoria. Dejando los abismos de la tierra en pos de la ventura y de la gloria, los dos al mundo de la luz subieron, y al eco de los cánticos de guerra con el amor por guía, se perdieron..

Aquí el cuento acabó. Mi cuento, un día, como rumor lejano de ríos y de frondas, besaba y adornaba...

Hada fué que llevada de la mano, sobre un dormido mar de verdes ondas, al reino del Amor y la Poesía. Ahora flota, perdido y olvidado, en las azules nieblas del pasado y se esfuma en la parda lejanía como una lucecilla temblorosa...

¡Ya no duerme á los niños su armonía!
¡Sólo es un sueño de color de rosa!

Pero los gnomos viven. En la sierra, roto el cuerpo y el alma dolorida, yo he visto en los abismos de la tierra los valerosos gnomos de la vida. Blandían y sonaban sus piquetas al recio impulso de sus fuertes brazos con músculos de atletas, y al golpe destructor, bloques y vetas caían á sus pies, hechos pedazos. Vibraba un himno de gigantes notas como agua de cascadas cristalinas: ritmos extraños y cadencias rotas, lento sonar de máquinas remotas, rudo estertor de yuques y turbinas. Eran los gnomos con su negra historia de lucha, de trabajo y de victoria, con su anhelo de amor no satisfecho y el ansia de la vida y de la gloria que llevan, como un sol, dentro del pecho.

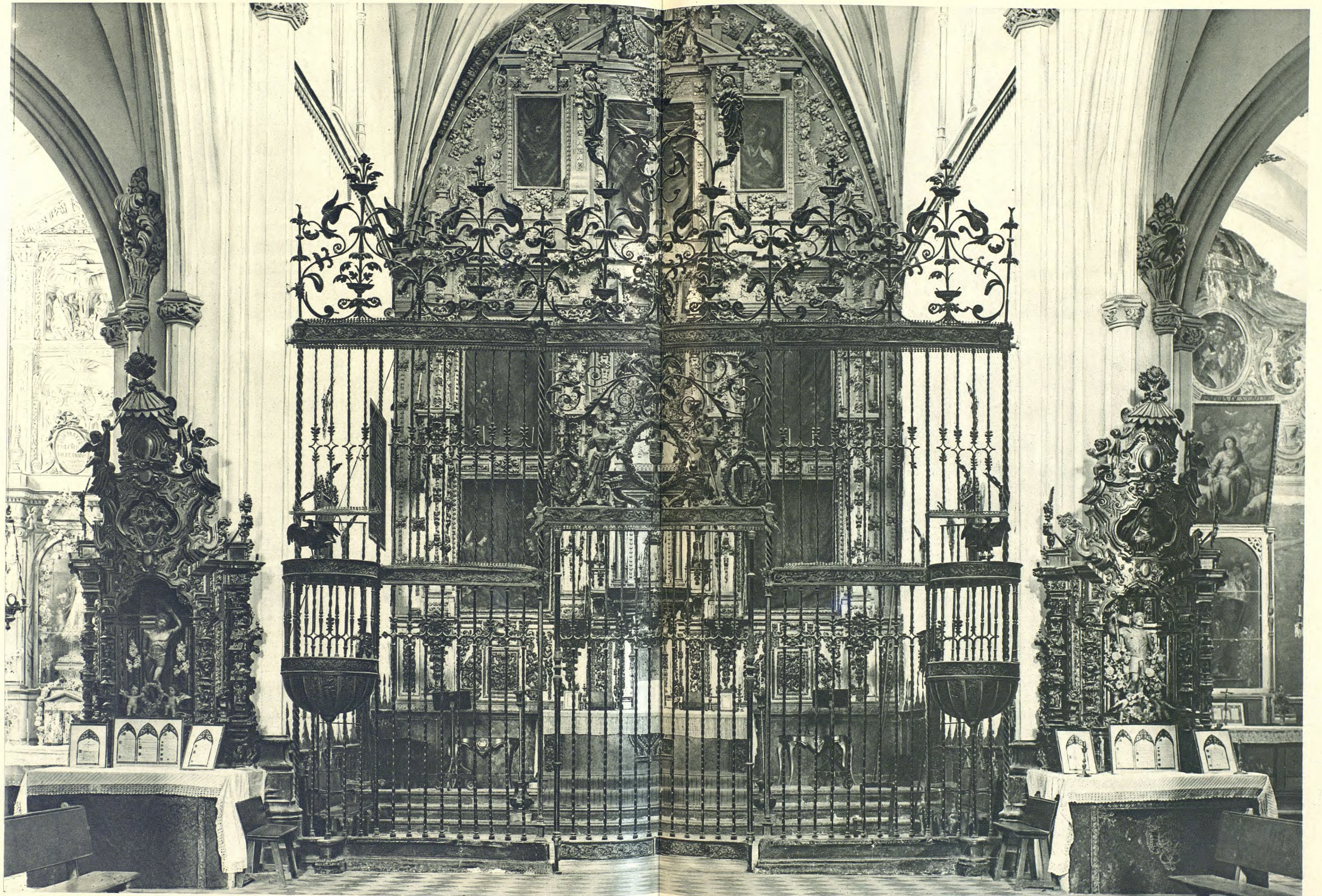
LA ESFERA

ARTE FOTOGRÁFICO



HALANDO LA BARCA

Fot. Ruano Bolívar



BAENA.—INTERIOR DE LA PARROQUIA DE SANTA MARÍA LA MAJOR, FUNDACIÓN DE LA CASA ALTAMIRA, DUQUE DE CÉSAR Y CONDE DE CABRA

LA ESFERA
TIPOS AFRICANOS



UNA BELLEZA ARGELINA

Fot. Alvargonzález

LA SIMA



Era un lugar recóndito
perdido entre unas ásperas montañas,
húmedo valle de profundas selvas,
hoscó nidal de tormentosas águilas.

El hondo río que cruzaba el valle,
al desbordar sus aguas,
cubriale de linfas verdi-negras
y de un hedor de pestilente charca.

Jamás por ruta de tendida senda
llegó á este sitio peregrina planta,
ni el sol, rasgando las espesas brumas,
llenóle alegre de encendidas llamas.

Nunca la brisa, despertando loca,
batió en el eco sus ligeras alas,
ni fué rumor en las calladas frondas,
ni arruga fué sobre las muertas aguas.

Siempre en penumbras, y en silencio siempre,
durmió aquel val e en pavorosa calma;
sólo se oía el ulular del lobo
y el fragoroso remontar del águila.

Y así, durmiendo en lobreguez de muerte,
el valle remedaba
ser un lugar, por el Señor creado,
para castigo de la estirpe humana.

Mas... una aurora, cuando el sol ponía,
allá en las crestas de las cumbras bravas
toda la lira de su azul sin nubes,
todo el incendio de sus lumbres cárdenas,

se vió de un hombre la figura erguida
que, esfinge en una cumbre solitaria,
miraba el valle, que á sus pies tendido
era un remanso á su cansada planta.

Como él estaba saturado en lumbres,
todo con ojos de ilusión miraba;
por eso en sombra la lejana hondura
debíó mentirle una mansión de calma.

Dejó la cumbre y se internó en la senda
que iba hacia el valle con vertiente rápida,
luego en la niebla se esfumó y á poco
ni aun de su sombra la visión quedaba.

Después... silencio..., soledad... y un grito
que hendió estridente la llanura trágica,
grito de horror, como de aquel que lleva
un cuchí lo clavado en las entrañas.

Y al á en la altura, en torbellino obscuro,
de ásperos cuervos espectral bandada
que iba cerrando su espiral en giros
sobre al hedor de las dormidas charcas.

¡Oh, peregrinos que cruzáis la vida
lentos de luz de la feliz mañana;
no os asoméis á las profundas simas
que hay en la ruta del amor dorada.

Si hay unos ojos que al pasar os miran,
hondas pupilas que al mirar os llaman,
seguid la senda que emprendisteis, graves,
fríos al ruego, sin volver la cara.

Que allí, debajo del cristal sereno
de esas pupilas á la luz tan mansas,
hay unos cuervos de espectral plumaje
y unas sin fondo pestilentes charcas.

fernando lópez martín

DEBUEJO DE R. VERDUGO LANDI

NUESTRAS
• VISITAS •

JOSÉ MARÍA CARRETERO

A pesar de mi *audacia* quedé abrumado y sobrecogido ante José María Carretero... Vosotros, los que conocéis a este hombre solamente de retratos, ó de verle *flanear* por la Carrera de San Jerónimo, que es su paseo predilecto, no podéis imaginaros el profundo espanto que produce encontrárselo en su casa envuelto de pies á cabeza en una bata azul que le da cierto cachet de oso, calzado con unas zapatillas rusas, color sangre de toro, y con los largos cabellos despeinados á estilo de Cánovas Cervantes. Mientras que le contemplaba, antes de enhebrar nuestra charla, pensaba yo que por nada del mundo viviría al lado de este gran corpulento. Es una cosa seria contemplado de cerca... Yo, que he ido con Romanones de cacería, que he paseado con Tórtola Valencia por las calles de Madrid, y me he bañado con D. Saturnino Esteban Collantes en San Sebastián, jamás experimenté un malestar tan grande como en presencia de José María Carretero. Sentía la sensación de estar me mirando en uno de esos espejos convexos que hay en la calle del Gato. ¡Palabra de honor!

Pasamos á su despacho y yo tenía unas ganas locas de que se dejara caer en una silla ó en el suelo para poder comunicarme con él cómodamente... Además de ser insultante la estatura de Carretero, él la administra de una manera ofensiva... Su despacho es un rincón de anarquía artística donde hay libros y periódicos por todas partes. En las paredes, dibujos de Romero de Torres, de Sala, de Benlliure, de Sancha, de Marín, de Blay, de Oroz, de Tovar, de D'Hoy, de Zamora, de Rubio, de Galván, alternando con las maravillosas aguas fuertes de Baroja y de Néstor. Sobre su mesa, y entre el desorden de libros, se alzan dos retratos: el de su hermano Manolo, que murió hace años, y el de una damita de expresión bondadosa que, sonriendo eternamente, parece alentar al escritor en la ingrata lucha por la vida. Estos debían ser los dos amores más grandes del periodista. Hay cosas que no es necesario preguntárselas. En un cuadro, y al lado de su fotografía, hay dos cartas escritas de puño y letra de D. Antonio Maura; son dos cartas de maestro que quiere hacer discípulos. Por todas partes retratos de artistas, literatos, toreros, políticos.

Carretero es joven: una juventud de veintiseis á veintiocho años. A primera vista resulta un poco antipático, no sé decirsi por su demasiada estatura ó por un aire de suprema indiferencia que adopta ante todo el mundo y ante todas las cosas. Sus facciones son abultadas é incorrectas, algunas con desproporción; su nariz, por ejemplo, tiene algo de la de Bergamín; claro que no es tan fea, pero tiene algo: la longitud y la rebeldía á estar en el centro de la cara. Fijáos. ¿No? Sus ojos son grandes y claros, pero de un color indefinido; ojos de pájaro; hay también en ellos una expresión de cansancio y de melancolía de hombre que ha visto mucho y que ha vivido muy de prisa la vida. Sin embargo, si os he de ser sincero, tengo que anotar que su mirada inspira confianza: es una mirada que sabe esperar á que las almas vengan á ella, en vez de ir ella á las almas. Su frente, levemente encogida en el entrecejo, es una continua interrogación. Conforme iba hablando Carretero, iba, para mi caletre, rectificando mi juicio: «Este hombre no es tan antipático como parece de lejos.» Refos cuanto queráis, pero esa es la verdad lisa y llana. ¿Os voy á engañar yo? La charla de Carretero no es muy fluida: parece que tiene gente dentro de la boca y que cuando habla le sujetan de vez en cuando la lengua; pero es muy sincera y muy mundana. Si en su ceceo andaluz titubea un poco, suple con una sonrisa la expresión de su voz y sigue adelante... Y mientras habla, no para de interrogar á su interlocutor con sus ojos inexpresivos. A la simple vista se le nota que es hombre más acostumbrado á oír que á exponer.

—Yo me someto—me dijo—á la tortura de su interrogatorio si usted, á su vez, me promete someterse al mío; de esta manera yo vengaré en usted á los monografiados que no quedaron satisfechos de su pluma.

—Conforme—respondí.

—Saque usted el lápiz y las cuartillas.

El día 29 de Marzo se reunieron en el Hotel Ritz, bajo la presidencia del Ministro de Instrucción Pública Sr. Burell y del glorioso patriarca de las Letras Pérez Galdós, trescientos amigos y admiradores de nuestro querido compañero El Caballero Audaz.

Fue una fiesta generosa, efusiva, plena de cordialidad y halagadora para el festejado por el prestigio de las personas que acudieron á rendirle fraternal tributo. Prolongó la simpatía y la sinceridad del acto una entrevista que El Caballero Audaz hizo á José María Carretero para ser leída después del banquete y la cual reproducimos en su casi totalidad.



Sonreí esta inocente advertencia.

—No me hace falta: yo sé oír y conservar perfectamente aislado y clasificado todo lo que he oído, hasta que lo llevo á las cuartillas. Si acaso, alguna vez, cuando el individuo me es poco familiar, tomo nota, más que de su conversación, de sus gestos. Jamás el alma nuestra está en lo que decimos, sino en cómo lo decimos; en la expresión de nuestro rostro al decirlo. Además, con unas cuartillas y un lápiz en las manos nunca se puede infundir confianza en el interrogado, y esta debe ser la primera preocupación del periodista: que el político ó el actor ó el criminal sometidos á su entrevista, vean en él un amigo. Yo, para celebrar una conversación y que le hicieran unas fotografías á la hija del desventurado capitán Sánchez, tuve que hablarle de amor y prometerle que aquella misma noche la raparía de su celda. Cuando D. Antonio Maura quedó abandonado de su partido y adoptó el temporal apartamiento de la política y de la vida pública, yo quise hacerle una entrevista. El amigo que me sirvió de embajador para solicitarla, volvió fracasado. D. Antonio había tomado la resolución de no hablar de nada de política con nadie y menos con un periodista; era un contra-tiempo; pero yo no me arredré; pedí comunicación telefónica con el caudillo caído: «Deseo ser recibido por usted para hablarle de un asunto profesional»—le dije.—«Ah, si es para un asunto profesional, venga usted mañana de doce á dos». Fuí. «¿En qué pleito puedo serle útil?»—me preguntó D. Antonio en cuanto nos saludamos.—«No se trata de un pleito, D. Antonio»—le dije yo un poco turbado.—«Pues ¿no me ha dicho usted que iba á hablarme de un asunto profesional?» «En efecto, profesional es, pero no precisamente de su profesión, sino de la mía». Lo demás de aquella entrevista, en mi último libro está. Solo recuerdo que de lo que hablamos D. Antonio y yo, no tomé ante él ni la más insignificante nota; y, sin embargo, su testimonio dice que todo fué exacto.

Callé. En el rostro molettado y perezoso de Carretero comenzaba á dibujarse su interés por mí.

—Vamos á ver, amigo, ¿cuántas entrevistas lleva usted hechas en su vida?—me preguntó de improviso.

—¡Uf! no sé; unas quinientas.

—¿Y le gusta á usted mucho ese género de periodismo?

—Hombre, hace usted unas preguntas tontas. Yo, cuando comencé á cultivar la entrevista tenía ya resuelta mi vida literaria; así, pues, no adopté esta postura por alcanzar popularidad ni por cosechar pesetas; no, sino por vocación; soy un poco curioso y me gusta bucear en las vidas ajenas. Al mismo tiempo entendía yo, y sigo entendiéndolo, que entrar en las almas de los hombres triunfadores, verlos de cerca y mostrárselos al público tal como son, sin envolverlos en el tul del halago, resulta muy interesante. Además, esto puede ser la base para una Historia de España literaria y artística de nuestros tiempos.

—Eso estaría bien si usted fuese absolutamente sincero.

—Procuro serlo casi siempre; precisamente esta sinceridad me ha costado algunos disgustillos de poca monta con los monografiados.

—¿Algún desafío?

—No recuerdo.

—¿Alguna rectificación?

—Eso jamás; aunque á regañadientes muchos, todos ratificaron sus conversaciones.

—¿Y por qué cuando tropieza usted con algún defectillo físico ó moral, no lo pasa por alto?

—Esa es una galantería que apenas la uso con las señoras. La originalidad mía, si es que la tengo, consiste en desposeerme en absoluto de la sugestión del triunfador y mostrárselo á mis lectores tal como es. De esta manera, cuando, dentro de cien años, se busquen en la historia estas almas que trazó mi pobre pluma, se hallarán lo menos falseadas posible y sin ningún retoque.

—¿Sufrirá usted algunos desencantos al acercarse al hombre afamado?

—Casi siempre; muy pocos son los triunfadores que al hablar con ellos de silla á silla siguen sosteniéndose sobre el pedestal á que los elevó su obra. De cerca, todos se disminuyen;

muchos, se desvanecen: más de una vez, después de haber celebrado mi entrevista con uno de esos ídolos populares, he llorado de desencanto.

—¿Cuál es la entrevista que ha hecho usted con más cariño?

—Todas, mientras las coo: dino.

—¿Y la que más le ha gustado después de hecha?

—Tengo varias, que, cuando quiero hablar con el interesado, las leo y me dan la misma emoción del momento en que la celebramos: la de Galdós, la de Valle-Inclán, la de Manolo Bueno...

—¿Estas son las que más le satisfacen?

—No, señor; tengo tres preferidas sobre todas: la de la duquesa de Canalejas, la de don Jaime de Borbón y la de la Princesita de Kapurtala.

—¿La de D. Jaime fué fantasía ó realidad?

Esta curiosidad de Carretero me pareció impertinente.

—Pregúnteselo usted á D. Juan Vázquez Mella —evadí.

—Estoy pensando yo, *Caballero Audaz*, que el éxito de su popularidad lo debe usted principalmente á su seudónimo, ¿no?

—Muchas gracias: tal vez lleve usted razón. Lo raro es que llamándose usted Carretero, que ya es un apellidito que se las trae, y escribiendo desde mucho antes que yo, no haya usted conseguido esa popularidad todavía: hay que pensar que hasta que atropelle usted á alguien no la conseguirá.

Este chistecito molestó á Carretero; yo no hice caso y le pregunté:

—¿Y usted qué hace?

—Lo que puedo: crónicas, cuentos y, sobre todo, una novela que se titula «Carne Mortal».

—¿Cuántos libros lleva usted escritos?

—Cuatro; entre ellos dos novelas.

—¿Y se vendieron?

—Esa curiosidad puede usted satisfacerla en las librerías.

—¿Y no le gusta hacer teatro?

—Sí, señor, pero le tengo un pánico espantoso; á los diecisiete años estrené una obra en Romea, de cuyo éxito no me acuerdo; lo que no olvido jamás es una anécdota que me ocurrió esa noche.

—Cuéntemela, que yo guardaré el secreto.

—La obra se llamaba *El Redimido* y era una comedia romántica con adobos dramáticos. El protagonista estaba enfermo y se pasaba todo el acto quejándose en escena; pues bien, en uno de los momentos más culminantes de sus lamentaciones y más dramático de la obra, un chico del anfiteatro, que desgraciadamente tenía buen corazón, soltó el trapo á llorar. El público comenzó á sisearle imponiéndole silencio. El chico seguía llorando; de pronto, el silencio dramático del ambiente fué rasgado por una voz castizamente chulapona que decía: «¡Que se calle ese rorro, que hay un enfermo!» Aquel gracioso espectador, que fué muy aplaudido por cierto, aplastó con su ocurrencia el efecto dramático de mi obra.

—Veo que es usted como todos los autores malos; siempre encuentran un editor responsable de sus fracasos.

—Es posible—repuso Carretero con indiferencia—; la cuestión es pasar el rato.

Yo proseguí mi interrogatorio:

—Vamos á ver, amigo mío: ¿En qué parte de Andalucía nació usted?

—En Montilla, que es un pueblecito muy blanco que se alza en la sierra de Córdoba. Mi padre era un hidalgo que labraba sus tierras, se preocupaba de sus políticos predilectos y me tomaba las lecciones del bachillerato. Un día, cuando yo tenía doce años, se presentó el fantasma de la filoxera y asoló las vides: mi pobre padre quedaba arruinado; entonces, en aquellos momentos de angustia suprema, tendieron la vista buscando el horizonte por donde había de volar yo para ganarme la vida por mi cuenta. Aquí, en Madrid, estaba mi hermano Manolo terminando su carrera: «Pues á Madrid», dijeron; y una noche muy oscura, cuando en el cielo no había ni una estrella á que confiar mi suerte, abandoné mi familia y mi pueblo facturado en un coche de tercera y encargado por mis escasos años á la

vigilancia de una pareja de la Guardia civil. Nunca he llorado ni lloraré tan desoladamente como aquella noche. De la tenebrosa obscuridad de la estación de Montilla, donde habían quedado mis padres sumidos en la angustia, pasé á la deslumbradora luz y al desconcertante bullicio de la Puerta del Sol. Había que trabajar... ¡Pues á trabajar! Yo sentía gran entusiasmo por la fotografía y conseguí entrar de aprendiz en la casa de Compañy, con el sueldo de dos pesetas fuertes semanales. Seguramente, por mi tipo, que era delicadito, casi afeminado, me destinaron á las órdenes del operador. Y ¿sabe usted quién era el operador, *Caballero Audaz*?

—No, señor.

—Pues ese camarada tan artista y tan simpático con quien hace usted las informaciones para *LA ESFERA*: Pepe Campúa, que tenía entonces allí veinticinco años y veinticinco pesetas diarias de sueldo. Apunto este detalle porque una de las cosas que no podía explicarme era la diferencia de sueldo que existía entre Campúa y yo. Fui aplicadito y llegué á ser ayudante, con siete reales diarios. Al mismo tiempo mi herma-



José María Carretero con su esposa, en el comedor de su casa
FOTS. CABALLERO

no y yo cultivábamos la amistad de aquel gran patricio que se llamó D. Alberto Aguilera. Yo, por las noches, le escribía la correspondencia; un día vino de alcalde y me redimió de mi calvario llevándome al Ayuntamiento, que es el lugar de Madrid que más cariño tiene mío. Allí comencé á emborronar cuartillas; entre varios amigos fundamos un periódico titulado *A E I*, y en él salieron mis primeros balbuceos literarios, que creo eran poesías: claro que no tengo que decirle á usted que muy malas. Un día hice un cuento; cogí la calle Fuencarral arriba y, después de andar dos horas, llegué á la antigua redacción de *Nuevo Mundo*. Pregunté por el director; no estaba; pero salió el redactor jefe, que era un joven caballero de porte noble, al que quise leerle mi cuento; él se resistió un poco aterrado: «Déjemelo usted; lo leeré, y si me gusta se le publicará, esté tranquilo». Abandoné la redacción un poco desconfiado. Pasaron quince días, un mes, dos meses; yo había perdido toda esperanza; un jueves iba en un tranvía y un señor á mi lado hojeaba un *Nuevo Mundo*; á hurtadillas yo lo curioseaba también. De pronto, creí desmayarme: había leído el título de mi cuento; en mi locura le arrebaté al señor el periódico; el señor protestó airado; me insultó... en fin... el delirio. Al día siguiente fuí á dar un abrazo al redactor jefe que se había hecho cargo

de mi trabajo; entonces supe que se llamaba Verdugo; para mí aquel apellido, en un creador de mis ilusiones literarias, resultaba una paradoja. Desde aquel momento, gracias á él, que es un espíritu castellano vaciado en un molde andaluz, mi firma comenzó á verse en las páginas de *Nuevo Mundo* y *Por Esos Mundos*. Hace de esto doce años. Un día, Zavala, que es uno de los hombres más completos y más depurado intelectualmente de la creación—y al cual, si se lo encuentra en algún banquete, debe usted de invitarle á que hable, porque dirá cosas muy interesantes—, quiso conocerme para felicitarme personalmente por algo mío que le había gustado: tenía yo entonces quince años y él treinta y cinco; tal vez por eso, desde el primer momento me trató como un padre, y yo, por dictado del corazón, le vengo queriendo desde entonces como un hijo.

Hizo una pausa José María Carretero; de improviso, me preguntó:

—¿Y usted, *Caballero Audaz*, á quién le debe su notoriedad?

—Obra ha sido de Paco Verdugo. Confiado en su entrañable amistad, me dejé llevar por su talento; él me ha colocado donde estoy, y él es el responsable de mi vanidad en estos momentos. *Prensa Gráfica* no es una casa editorial donde estoy empleado: es un paraíso de trabajo; es mi misma casa, donde todo son afectos; el único sitio donde soy sincero, porque estoy seguro del cariño de todos. Si algún día dejara de existir *Prensa Gráfica*, el *Caballero Audaz* rompería su pluma de periodista.

—Pues, créame usted, que la prensa no perdería una gran cosa.

—Conforme; ¿y qué más?

—Que le estoy observando á usted, y no veo por ninguna parte asomar ese periodista á la moderna de que hablan sus buenos amigos.

—Ni yo en usted veo nada interesante para hacer una entrevista. Palabra de honor. Veremos á ver si entre la maraña de tonterías que me ha dicho, encuentro algo de relieve. Y vamos con las últimas preguntas. ¿Qué es lo que le interesa á usted más de la vida?

—La vida misma: vivirla intensamente con todas sus emociones, sin preocuparme para nada de los juicios y conceptos del prójimo.

—Esa teoría es algo egoísta.

—¡Qué quiere usted! Si en vez de darnos una vida nos dieran dos, yo con mucho gusto sacrificaría una de ellas al bien parecer de las gentes, y la otra á las exigencias de mi espíritu.

—¿Qué es lo que más le inquieta á usted?

—El desfile de las horas, de los días y de los años; lo que más me tortura es la idea de que algún día me habrá abandonado la juventud y como el «Don Juan» de Campoamor caeré prisionero de los parches porosos y de las bayetas amarillas... Lo que más me inquieta es acercarme al misterio de la otra vida... El arcano del más allá es la clave de nuestro instinto de conservación.

—¿Y qué más le interesa?

—¡Oh! ¡La mujer! No hay emoción parecida á la que nos proporcionarían unos bellos ojos femeninos cuando nos acarician. Una cabecita de mujer refugiada sobre un pecho varonil es la esencia del arte y el símbolo de la vida... Creo que estén conformes conmigo todos los hombres.

—¿Cuál es su dramaturgo preferido?

—No ha de hacerme usted personalizar... Mi obra teatral predilecta es *La Garra*; las novelas que he leído con más gusto, *Doña Perfecta* y *El otro*; el libro de poesías que me acompaña con frecuencia, *El Caballero de la Muerte*; el cuento que más me impresionó, *El sabor de la sangre*; el cuadro que hubiese robado, *El poema de Córdoba*; el periódico que más me entusiasma, *LA ESFERA*. Créame usted, amigo: el país que produce estas joyas no necesita de tutelajes, ni de regeneraciones, ni de traducciones. Es un país que camina con paso seguro.

—¿Cuál es la suprema aspiración de usted?

—Pues... yo acaricio la idea de reunirme una noche en fraternal comida con un centenar de amigos y brindar por la gloria artística y literaria de nuestra España...

EL CABALLERO AUDAZ



LA HUELLA

En tu terreno vedado
entróme Cupido el ciego,
y, como apartóse luego,
ando en él desorientado.

No es decir que se apartó,
que de asistirme dejara,
sino que, como pensara,
que hartos impulsos me dió,

para lograr tu albedrío,
marchóse á otros monesteres

de celos y de quereres,
y el campo quedó por mío.

Yo de tu huerto no sé
plantel, senda, ni rincón;
como en él ando á traición,
con recelo asiento el pié.

No pienses, gentil Fenisa,
que si te sigo reacio,
sea el andar tan despacio
porque no me acuda prisa

de conocer todo el huerto;
á ello estoy tan decidido,
que no me importa el ser muerto
después de haberle corrido.

No me tiene pie ni mano
tampoco en esta contienda
hallarme en alguna senda
de frente con tu hortelano.

Deso no me importa nada;
que si él mantiene sus bríos,

yo llevo al cinto una espada
para mantener los míos.

Sólo estriba mi cuidado
en mirar, antes de andar,
si donde voy á pisar
algún otro pié ha pisado.

Diego SAN JOSÉ

DIBUJO DE BARTOLOZZI

LA ESFERA

PAISAJES PINTORESCOS DE ESPAÑA



El Manzanares á su paso por El Pardo (Madrid)

FOT. SOL

TUVO UN GESTO...

Es precisamente lo que las más de las veces no se debe tener: gesto. Eso es cosa cinematográfica.

El favor que alcanza el cinematógrafo es algo que nos debe obligar á que reflexionemos en ello. El público no quiere oír, no quiere palabra, no quiere tener que pensar. Le basta el argumento. No quiere saber lo que los personajes piensan de sus propios actos y cómo tratan de justificarlos. Le basta el gesto, lo más inconsciente.

El cinematógrafo no es más que el teatro sin literatura. Y tal vez sea un bien para la literatura dramática porque obligará á ésta, por diferenciación, á ser más literaria. Acabará por ir al teatro de palabra el público que quiera oír, é irá á oír. Y la obra dramática hablada será como un concierto literario, en que las decoraciones y la *mise en scène* importen poco.

Y en la vida, en la vida social, en la vida política, ocurre lo mismo; hay cinematógrafo y hay obra dramática. Y lo terrible es que á las veces ocurre que asistimos á una especie de función cinematográfica acompañada de fonógrafo, en algo así como una armonía prestablecida, y los gestos van por un lado y las palabras por otro, anticipándose unos á otros ó éstas á aquéllos. Las ideas van por un lado y los actos por otro.

Dimite un ministro su cargo buscando para ello un pretexto cualquiera ó inventando un incidente y provocándolo. Y se dice: «tuvo un gesto gallardo.» Y si se le pide explicación del gesto, si se le exige que hable, lo que se llama hablar, no se atreve á hacerlo. ¡Cinematografía pura! Y lo honrado, lo verdaderamente honrado, habría sido que dejándose de gestos hubiese expuesto sinceramente las verdaderas causas de su dimisión.

Y así ocurre que aunque nuestros políticos profesionales hablan tanto, como no dicen nunca nada, y sobre todo jamás responden á lo que se les pregunta, nuestra política es toda de gestos, toda cinematográfica. Y en el fondo absolutamente ilógica y absurda. Acaba uno por no saber si son hombres, esto es, seres dotados de conciencia de sus actos y de razón de ellos, ó si son fantoches ó fantasmas los que se mueven á nuestros ojos.

Se dice que la procesión anda por dentro, que la explicación de lo que pasa en el escenario hay que buscarla entre bastidores, pero somos muchos los que abrigamos el temor de que ni aun entre bastidores se encuentra la explicación de lo que en el escenario pasa, y que en rigor esto no se explica. Somos muchos los que tememos que es el gesto por el gesto mismo.

¡El gesto por el gesto mismo! A lo que se llama majeza. Porque lo importante para el majo es la actitud, es la gallardía. Hasta cuando da una puñalada lo que le preocupa es la postura que adoptará al darla. Es como en el torero. No importa tanto matar al toro como perfilarse bien al tirarse á matar. Cinematografía pura.

El prototipo de la majeza política entre nosotros fué Romero Robledo, el más culpable de todos los españoles de nuestro último desastre colonial, al alentador de aquel absurdo partido incondicional cubano. (Conviene no olvidar que Romero Robledo tenía intereses en Cuba.) Romero Robledo fué el hombre de los gestos, el político cinematográfico, es decir, inconsciente por excelencia. Todo él era un gesto. Su cara misma, que tenía mucho de careta, era un gesto fijado. Y jamás supo decir á las claras lo que hacía ni por qué lo hacía. Fué un majo.

Se habla de los rasgos de los majos. Pero el rasgo no es más que un gesto. Y ya Castelar comentó un rasgo, un gesto de la reina Isabel II. Y con rasgos no se justifica nadie; se justifica con razones.

Lo que hay es que al público le gustan las funciones de magia, como *La pata de cabra*. Y hasta las de prestidigitación. Y el cinematógrafo se presta admirablemente á las funciones de magia.

Lo mismo pasa con la función política. Eso de tener que ponerse á adivinar cuáles han podido ser las verdaderas razones de una crisis, es algo mucho más divertido que descifrar charadas y acertijos ó resolver problemas de ajedrez. Es uno de los encantos del viajecito á Madrid para ciertos aficionados á la política; á ver qué se dice, á beber en buenas fuentes, á enterarse de lo que pasa tras de las bambalinas. Y así se explica uno el gesto.

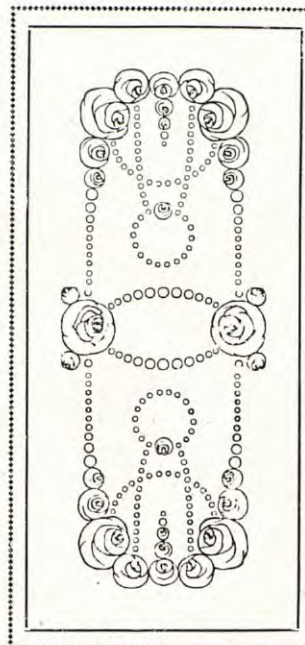
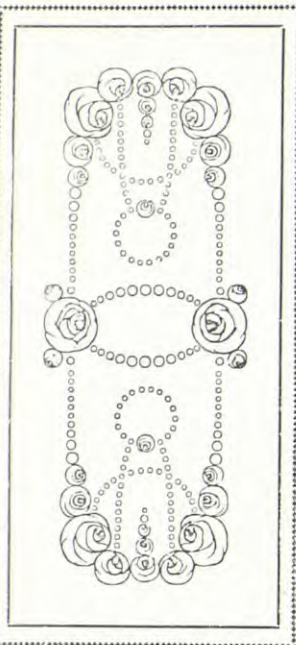
Acuden, además, los actores al gesto cuando han olvidado el papel, cuando no saben ya que decir. «¡Situaciones!, ¡situaciones!»—decía un muy experto autor dramático—, lo que hace falta es preparar situaciones, y luego lo mismo da hacerle decir al autor una cosa que otra, que no hacerle decir nada y que haga gestos; el público cuando llora ó se ríe no oye. Y así es en nuestra política. ¡Situaciones, situaciones políticas!—es como se las llama—, lo que hace falta es preparar una situación, y luego lo mismo es dar unas explicaciones que otras ó no dar ninguna, lo mismo da tener un programa ú otro que no tenerlo; el público cuando ríe ó llora no oye. Y el público de nuestra tragi-comedia política no oye. ¿Para qué? Tendría que pensar lo que se le dijese. Y la cuestión es no tener que pensar.

Quien sigue con alguna atención la marcha de nuestra política pragmática, y á la vez la de nuestra labor—¿labor?—parlamentaria, acaba por encontrarse en la posición de un hombre que asistiese á una función de cinematógrafo mientras un fonógrafo estuviera recitando la letra de otra función completamente distinta. Como si se desarrollara á vuestros ojos *La vida es sueño* y á vuestros oídos *El alcalde de Zalamea*. (Y la comparación es demasiado honrosa para nuestra política de vista y la de oído.) Y hay un momento en que uno se cree loco; hasta que se acostumbra.

Porque los cuerdos son esos; los que están acostumbrados á lo ilógico; los que no se sorprenden. Y tan es así, que para los fantasmas ó fantoches que se mueven en nuestra película política, resultan locuras actos que reputamos perfectamente lógicos, los que tratamos de justificar nuestras acciones con nuestras razones, y buscamos el fundamento ideal de nuestra conducta.

Se dice de Pericles que hablaba como la estatua de un Zeus olímpico, como un dios oracular, con los brazos cruzados, sin gesticulación alguna. ¡Y qué cosas decía! No hay sino leer las que Incídides pone en su boca. Verdad es que Pericles fué un político, un verdadero político, y no un fantasma de película, no un majo de gestos.

MIGUEL DE UNAMUNO



Alzamiento de Don Pelayo en Covadonga
(De una estampa antigua)

El centenario de la batalla de Covadonga

No ignorábamos, al publicar recientemente el artículo de Mariano Zavala, proponiendo que celebrara la nacionalidad española el centenario de su resurgimiento, que las circunstancias porque España atraviesa eran poco propicias á que la feliz iniciativa de nuestro compañero tuviese la repercusión que merecía. Cada día es más intensa la repercusión de la guerra europea en nuestra vida nacional y mayores los peligros de perturbaciones económicas. El aplazamiento del Centenario del *Quijote*, en el que muchos creen ver una solapada supresión, es un hecho indudable que resta entusiasmos á los que no ven la diferencia que hay en la naturaleza de ambas conmemoraciones. Finalmente, los azares de la política someten ahora á la opinión española á las presiones y preocupaciones de la lucha electoral. Es demasiado todo ello para la débil voluntad de nuestros ciudadanos.

Y sin embargo, la iniciativa de Mariano Zavala ha sido acogida con verdadero entusiasmo por numerosos elementos. Creemos un deber recoger sus opiniones, porque en realidad, representan ellas, en su mayoría, el pensamiento de Asturias. Ciertamente que esta empresa debe ser una obra nacional y todas las regiones han de colaborar en ella; pero entre tanto aquellas circunstancias adversas van desvaneciéndose y pasando, será muy importante que la iniciativa de Mariano Zavala quede recogida y refugiada en el corazón de Asturias, porque seguramente así llegará á prevalecer y á realizarse.

LOS PARLAMENTARIOS

A pesar de que toda la atención de los representantes en Cortes está puesta ahora en las próximas elecciones, los senadores y diputados por Asturias se han apresurado á enviar á Mariano Zavala sus adhesiones. Por su especial significación señalemos la de Melquiades Alvarez, quien en breves palabras de intimidad, ofrece su concurso «de una manera incondicional y sin límites». D. Rafael María de Labra, con su abundante verbo, nos alienta en este empeño. «Pocas veces como ahora—nos dice—creo oportunas las grandes y solemnes evocaciones del pasado glorioso, en vista del avivamiento de las energías individuales y nacionales, de la dominación de la pavorosa crisis presente y de los empeños á que nos compromete el honor, el porvenir y hasta la existencia misma de la Patria, como personalidad irreductible y fecunda en el concierto mundial.» El insigne político nos hace notar, además, la gran fuerza educativa que tendría la celebración del Centenario de la batalla de Covadonga, además de su significación histórica. Los marqueses de Argüelles, de Villavieja de Asturias y de Canillejas, así como el diputado por Infiesto D. Manuel de Ar-

guelles, se han adherido, además, á la idea, ofreciendo el concurso de su entusiasmo.

LA UNIVERSIDAD

Los centros de enseñanza que representan la obra de cultura que Asturias viene realizando, con mayor intensidad que muchas otras regiones españolas, han recogido también la iniciativa con entusiasmo, aunque corporativamente no hayan tomado todavía acuerdos sobre el asunto. Una figura venerable y representante—por fuera de una admirable vida de laboriosidad—de la intelectualidad asturiana, D. Fermín Canella, catedrático de la Universidad y cronista de la provincia y de la ciudad de Oviedo, se asocia con entusiasmo á este pensamiento tan español, y en el que ya anteriormente se había ocupado. Miguel Adellac, el director del Instituto de Jovellanos, nos dice en una entusiasta carta: «En ello pensé yo alguna vez: ha sido tema, otras, de conversaciones y proyectos. Nada más grande y oportuno podía intentarse en España para consagrar el firme y hondo amor que todos la debemos, siquiera usted y yo, y otros muchos seguramente, no necesitamos de tales estímulos para sentirnos ligados en alma y cuerpo á las glorias, las inquietudes y los destinos que lo porvenir guarde para la Madre Patria, única y grande, más amada cuanto más dolorida. Ese Centenario podría ser, además, la primera ocasión en que España y América pudieran establecer su vínculo firme y estable de solidaridad y compenetración, sirviendo al efecto para lograrlo, los ya existentes por parte de los españoles que residen en las que fueron posesiones nuestras. No se le ocultarán á usted las dificultades que su hermosa iniciativa tiene para llevarla á término. ¡Han de colaborar tantas y tan diversas entidades! Acaso debiera ser el Ejército quien encarnase esta patriótica conmemoración...» También el director del Instituto de Oviedo, D. Federico Luzuriaga, se adhiere á la idea y ofrece su concurso con entusiastas palabras.

LA PRENSA

Algunos periódicos de Madrid, entre ellos el *Heraldo*, *La Tribuna*, *La Acción* y *La Monarquía*, reprodujeron el artículo de Mariano Zavala y le dedicaron palabras de adhesión y de elogio. El silencio de los demás periódicos no puede atribuirse sino á inadvertencia y á las hondas preocupaciones que la actualidad trágica produce en nuestros compañeros. La Prensa de Asturias ha recogido, como era lógico, la idea y se dispone á hacer en su defensa y servicio cuanto fuere necesario. Uno de estos periódicos, *El Carbayón*, hace notar que ya el clero asturiano se disponía á no dejar pasar esta fecha gloriosa sin adecuadas conmemoraciones. Así, el Consejo diocesano de la Adoración nocturna de Oviedo acordó celebrar en Covadonga una vi-

gilia general de todas las secciones de España. El Cabildo de la Colegiata de Covadonga también tiene tomados acuerdos sobre esta conmemoración. Con motivo de todo ello, en los periódicos de Oviedo y en *El Carbayón* mismo se han publicado artículos que nos sería muy grato conocer.

En cambio, la Prensa de Gijón se ha adherido entusiásticamente á la patriótica idea. Y tanto *El Noroeste* como *El Comercio*—este último en dos vibrantes artículos de su director el ilustre cronista «Adeflor»—abogan por que, sin perder tiempo, pues el centenario corresponde á 1918, se reúnan «cuantos puedan dar alientos á esta iniciativa. Covadonga—dice «Adeflor»—ha de tener un altar ornado con frescas flores de recuerdo en todos los corazones españoles, y el alma asturiana, que es hospitalaria y sentimental, ha de desbordarse en afecto hacia los peregrinos que lleguen al pie del santuario al triple impulso de la fe, del patriotismo y del arte.»

LAS CORPORACIONES OFICIALES

Llegan á nosotros noticias diversas sobre la actuación que se proponen desenvolver las Corporaciones populares y las autoridades asturianas, que ahora pueden tener experto guía y consejero, en la cultura y en los entusiasmos patrióticos de su ilustre Gobernador Civil D. Modesto Sánchez Ortiz. El Ayuntamiento de Rivasella y los Alcaldes de Gijón y de Cangas de Onís, nos han remitido entusiastas adhesiones, y sabemos se trabaja para que todas las Corporaciones populares de Asturias se unan y cooperen en las mismas iniciativas. La Diputación Provincial de Asturias está dispuesta á cooperar en esta obra. Su Presidente, D. Agustín J. Argüelles, nos dice en una entusiasta carta: «Como asturiano y como Presidente de esta Diputación, veré con orgullo—y para ello prestaré mi incondicional cooperación—que su iniciativa llegue á ser una realidad digna del acontecimiento histórico que se trata de conmemorar en su XII Centenario.»

Nos complace recoger todo este movimiento, confiando que será más intenso cuando las elecciones pasen y comience á funcionar el nuevo Parlamento, pero insistimos en el hecho de que la iniciativa de Mariano Zavala se refiere á convertir esa conmemoración en obra nacional. Ya sabemos que en Asturias esa fecha singular no podía pasar olvidada, pero es que tampoco debe pasar olvidada en el resto de España. Asturias debe dar el impulso, debe llevar la dirección, pero en la celebración del Centenario debe estar acompañada por toda la nación, y como indica certeramente Miguel Adellac, por los pueblos de América, que tienen en Covadonga, como nosotros, el origen de su personalidad hispánica.

Por nuestra parte, seguiremos sirviendo de lazo de unión entre todas estas iniciativas.

MUSICOS ESPAÑOLES *✠ ENRIQUE FERNÁNDEZ ARBÓS*

ARBÓS es un músico cosmopolita. Su vida y su historia artística brillantísima de concertista y director de orquesta, se desenvuelve y adquiere todo su desarrollo en los centros musicales de Bruselas, Berlín, Estados Unidos y Londres, en los que convive con las figuras musicales contemporáneas de mayor relieve.

Nació el ilustre maestro español en Madrid, el 24 de Diciembre de 1863. Descendiente de una familia de músicos, pues su abuelo, su padre y su tío, D. Enrique Arbós, fueron músicos mayores, hereda las cualidades de sus antecesores, comenzando en Madrid las primeras lecciones con su padre. En Valencia decide este dedicar a su hijo a la música en vista de las actitudes y de la vocación que demostraba el futuro gran artista, por haber observado que en un violín de juguete, regalo de Reyes, tocaba el niño Arbós con rara habilidad impropia de sus pocos años.

Después de recibir algunas lecciones se traslada a Madrid, ingresa en el Conservatorio en la clase de Monasterio y obtiene a los catorce años los primeros premios de solfeo, violín y armonía.

La Infanta Isabel, a quien fué presentado por Monasterio, se encarga de su educación musical, enviándole pensionado a Bruselas, en donde conoció a otro eminente músico español, a Isaac Albéniz (que estaba estudiando pensionado por D. Alfonso XII), intimando con el malogrado artista con una amistad tan fraternal que duró toda su vida. En Bruselas estudió Arbós el violín con el célebre Vieuxtemps y la composición con el erudito historiador y maestro Gevaert, obteniendo el gran premio de excelencia en 1879.

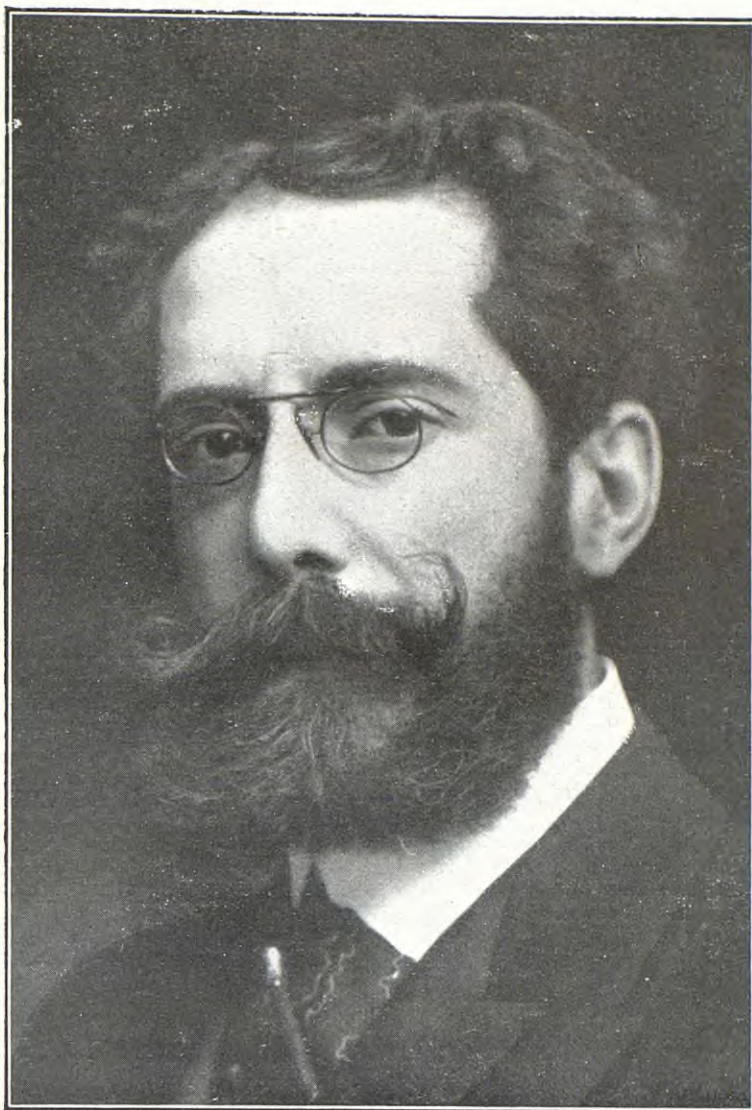
Encontrándose en Bruselas el famoso violinista Joachim oyó tocar a Arbós, interesándole de tal modo el joven artista español que le invitó a que fuera a Berlín a continuar sus estudios bajo su dirección.

Desde esta época comienza para Arbós una vida de triunfos artísticos y de emociones del más alto interés. Se traslada a Bonn en ocasión de celebrarse un festival con motivo de la inauguración del monumento a Schumann. En casa de la viuda de Schumann es presentado a Brahms, a Von Bulow, al cuarteto Joachim, a Hiller y otras eminencias. Poco después, en el festival rhenano (del Rhin), conoció a los maestros más excelsos de aquella generación.

Desde Bonn se traslada a Berlín para continuar sus estudios con Joachim y la composición con Herzogenberg. Joachim, que le profesaba un cariño paternal, le invitó a vivir en su compañía. Durante los dos años que vivió con el gran violinista alemán conoció íntimamente a Liszt, presentado por Joachim, y a Brahms, de quien conserva recuerdos inolvidables, como el de haber asistido, uno de los primeros en Alemania, a la audición de todas sus obras a partir del trío en *do menor*. Brahms enviaba sus manuscritos a Joachim y en su casa se leían y se corregían. Una mañana, antes del desayuno, y sin decir Joachim nada, colocó sobre la mesa el manuscrito de la Cuarta Sinfonía de Brahms, produciendo en Arbós una emoción imborrable.

Arbós fué presentado al público de Berlín por Joachim en el mismo concierto en que se interpretaba la Cuarta Sinfonía de Brahms, sin publicar aún, tocando con su maestro el doble concierto de Bach, para dos violines, y el concierto húngaro de Joachim.

Después de este concierto, que consagró el nombre de nuestro patriota, fué nombrado concertino de la Filarmónica de Berlín, puesto que desempeñó durante dos años. En esta época triunfal de su vida conoció Arbós a Rubinstein, Sarasate, d'Aalbert, Wieniawski, Davidoff y a entonces joven Strauss, haciendo música de cámara con muchos de ellos y durante algunos



EL MAESTRO ARBÓS

años con Joachim en casa de los Mendelssohn, donde Joachim concurría una vez por semana.

Arbós abandona Berlín por haber sido nombrado profesor del Conservatorio, concertino de la orquesta y director del cuarteto de Hamburgo. Por esta época queda vacante una clase de violín en el Conservatorio de Madrid y, accediendo a los deseos de sus padres, viene a la capital de España, siendo nombrado profesor de violín después de unos notabilísimos ejercicios. Arbós no puede vivir inactivo después de su febril vida artística y funda una sociedad de música de cámara con Tragó, Agudo, Gálvez y Rubio, permaneciendo en Madrid dos años. Arbós tiene la desgracia de perder a sus padres y, encontrando entonces en la Corte poco ambiente para sus anhelos e ilusiones musicales, vuelve a reanudar sus excursiones por el extranjero, estableciéndose en Londres, donde da varios conciertos con Albéniz en los Monday Popular de Saint James Hall, partiendo de estos conciertos su popularidad en Inglaterra. Recorre toda Inglaterra, Irlanda y Escocia, dando conciertos ya solo ó de música de cámara en compañía de las celebridades de su tiempo: Joachim, Janer, Piat, Paderewsky. Entonces es nombrado profesor del Royal College of Music de Londres; a la vez era contratado para dar conciertos en los Estados Unidos, donde fué concertino y segundo director de la célebre orquesta de Boston, en sustitución de Kneissel. En la ciudad nortea comienza Arbós su carrera de director de orquesta, aunque ya a los veintiún años había dirigido en el Palacio de Bellas Artes de Madrid con ocasión del Centenario de Colón, en Santander y en otras ciudades españolas.

Recorrió algunas poblaciones de los Estados Unidos, tocando bajo la dirección de Ricardo Strauss, estrenando entonces sus hermosos poemas sinfónicos «Don Quijote» y «Vida de héroe». Como violinista y director ha hecho Arbós excursiones artísticas por Bélgica, Portu-

gal, Francia, España, Alemania, Italia, Holanda, Rusia y Estados Unidos.

Fundada en Madrid hace diez años la Orquesta Sinfónica, acepta Arbós el cargo de director de esta importante agrupación y la dirección de la orquesta del Gran Casino de San Sebastián, comenzando para Arbós una serie de éxitos en su patria. A la vez funda en Londres el Concert Club con la cooperación de la Orquesta Sinfónica de la popular capital de Inglaterra, siendo durante tres años los conciertos de moda y por los que desfilaron todas las notabilidades contemporáneas: Casals, Kreisler, Lamond, Max Hamburg. Dirigió también la Sinfónica de Londres en los conciertos de Albert Hall, Queen's Hall, Covent Garden y Palladium, contribuyendo a despertar simpatías para España interpretando, siempre que le ha sido posible, obras de compositores españoles modernos. Los conciertos dirigidos por Arbós en Londres, San Petersburgo, Moscú, Roma y París fueron verdaderos triunfos para el insigne maestro y para los compositores españoles. El concierto-festival de París celebrado en el teatro de los Campos Elíseos en la temporada de 1913 a 1914, constituyó un grandioso éxito, mereciendo los más efusivos elogios de la mayor parte de la crítica francesa.

La labor de Arbós al frente de la Sinfónica, entregada en sus manos en un período de crisis musical, ha sido considerable y fructífera para el arte nacional. El insigne artista ha dado homogeneidad, ha formado esta importantísima corporación, que cuenta con elementos artísticos de reconocido mérito; él ha contribuido a fomentar la cultura musical con las excursiones a las principales capitales españolas (52 conciertos dió el año pasado); Arbós ha dado a conocer obras sinfónicas de Albéniz, Conrado del Campo, Pérez Casas, Granados, Turina, Oscar

Esplá, Arregui, La Viña, Manrique de Lara, Bretón (padre é hijo) y Villar, a más de las obras de Bach, Brahms y del repertorio francés, ruso, inglés y alemán, clásico y moderno, y las obras más interesantes de la producción musical contemporánea; con su orquesta, en fin, consiguió despertar la afición a la música sinfónica, adormecida estos últimos años, en Madrid y en provincias. Con la cooperación de los orfeones catalán, Donostia y Sociedad Coral de Bilbao, realiza Arbós todos los años magníficos festivales en los que interpreta las grandes creaciones vocales e instrumentales de la literatura musical. Arbós no da importancia a su obra de compositor y sin embargo es autor de la ópera cómica «El centro de la tierra», de un inspirado trío para piano, violín y violoncello, de unas guajiras y tango, para violín y orquesta, muy características, y que se han tocado mucho en el extranjero; de una colección de melodías para canto y piano y de dos fragmentos sinfónicos muy interesantes: «Ausencia» y «Noche de Arabia». Además ha instrumentado magistralmente algunos números de «La Iberia», de Albéniz, que ejecutan todas las orquestas del mundo.

Arbós es persona afable y culta (posee cinco idiomas) y un *causeur* aménisimo. Es comendador de la Orden de Isabel la Católica y caballero de la de Carlos III, de España, caballero de la Legión de Honor de Francia; de la Orden de Santiago y Villaviciosa, de Portugal, y miembro honorario de la Academia de Londres. Recientemente fué nombrado director del Conservatorio de Madrid, renunciando el cargo. La guerra europea le recluye en su patria, no sabemos si accidentalmente ó de una manera definitiva.

Arbós, como Sarasate, Casals, Monasterio, Albéniz, Malats, Granados, Manén, Falla y otros músicos españoles de mérito, es honor y gloria de España, honrándola con su nombre preclaro en el extranjero.

ROGLIO VILLAR



SILUETAS GALLEGAS

EL CRUCERO

Es domingo. Hay mercado en la ciudad y desde la montaña acuden los pobres paisanos á vender y mercar.

La primera luz del alba los sorprendió ya en camino monte abajo para llegar de buena hora. La distancia de la aldea no es muy grande: unas cuatro leguas mal contadas..., poco más de una *carreira d'un cou...*; pero conviene el madrugón para hacer buena feria.

Las mujeres se han puesto los pañuelos rojos ó amarillos y los hombres llevan los chalecos y las chaquetas remontadas de paño de distinto color y los sombreros de alas anchas. Monteras y polainas... ¡*Dios las dea...*! ya van desapareciendo casi en totalidad. Lo clásico y lo típico se dejan vencer muy á gusto por lo cómodo y lo barato.

Mientras la niebla madruguera festoneaba los bordes de los senderos, simulando un vaho de la tierra, los aldeanos avanzaban á buen paso para combatir con el rápido andar la humedad que se les meía en los huesos después de caladas las ropas; pero cuando se alzaron las nieblas bajas y el sol mostróse centelleante, pronto sintieron fatiga, renegando del calor, que no es buen amigo para compañero en las jornadas.

Y menos mal en tanto que descendían por la montaña, pues á trechos les daban sombra los grupos de castaños, de robles y de nogales, y las mismas lindes de los terrenos, recubiertas de lujuriosas ortigas, cuando la senda se hundía en sus caprichosos recodos y desniveles formaban dos altas paredes en donde también la som-

bra se aposentaba complacida. Mal sitio para detenerse, aunque muy bueno para pasarlo... Pero al llegar á la carretera, á la útil y práctica... y antipatiquísima carretera, á los pobres paisanos se les llenó el corazón con la niebla del desánimo al tiempo mismo que se les nublaban los ojos con el fulgor blanquecino y reverberante que el firme del camino despedía refraccionando iracundo los rayos de luz...

El paisano ama al sol por lo que tiene de fecundizador para la tierra y aun de provechoso para la salud, pero lo aborrece por lo que tiene de resplandores y de fantasmón presumido. El calor le agrada y lo necesita, pero el exceso de luz le ofende, y más todavía: le desagrada. Si la luna alumbrara siempre, y no fuera malsana para el maíz, y no se prestase para hervir los filtros maléficos al conjuro de la meiga..., el paisano adoraría á la Luna, que brilla discreta, que alumbra lo suficiente y que proporciona benévola las sombras amadas para el descanso del trabajo y para el trabajo dulcísimo del amor...

Por la carretera van. Los hombres hostigan á los bueyes y á las ovejas para que avancen, y las mujeres balancean sobre la cabeza los enormes cestos que se sostienen en un inverosímil equilibrio.

De vez en cuando les adelanta un automóvil, apesándoles con la bencina y cegándoles con el polvo. El ganado se desmanda y trata de huir, las mujeres chillan y los hombres renegan dando voces y sacudiendo palos..., lo que siempre es una manera de tranquilizar á los

asustadizos... Y luego reanudan silenciosos la peregrinación.

Por fin sonrñen. Han visto el crucero. Allí descansarán, y de allí á la ciudad es cuestión de un cuarto de hora.

El crucero gallego es muchas cosas. Primero, naturalmente, signo de piedad y obligación de oraciones, pero además señala distancias, sirve de término para límites de ciudades, es protector de ferias y lugar de citas campesinas, y en torno suyo hay siempre una leyenda...

Todos los cruceros tienen su cruz y sus brazos abiertos, claro está, pero además tienen esculpida una imagen ó un trasunto de la Pasión, y esto es precisamente lo que distingue y califica al crucero: sin esto le llaman cruz nada más. Y todo crucero está obligado á tener en torno de su base unos escalones, porque en ellos quiere la tradición que descanse el Judío Errante, siendo el único sitio de donde no le obliga á levantarse la eterna maldición.

Y cuando los paisanos gallegos cruzan de noche por delante de un crucero y en sus gradas ven dormido algún hombre miserable, callan y aprietan el paso, no vaya á ser el mismísimo Errante quien duerme y reposa un momento...

Y de día, ellos aprovechan los escalones para descansar de sus fatigas en las marchas. Y hacen perfectamente, que ellos también son errantes y llevan sobre sí el castigo eterno de su pobreza...

MANUEL LINARES RIVAS

DIBUJO DE SOBRINO

LA ESFERA

PAISAJES GALLEGOS



LA PLAZA DE LA ALDEA, dibujo de Sobrino

Las prácticas de la guerra y el derecho de los neutrales



El insigne maestro Granados, que ha desaparecido en el naufragio del vapor "Sussex", torpedeado por un submarino alemán
Fotografía facilitada por la Casa Navas

HA llegado la hora de hablar fuerte, dignamente.

Para el verdadero patriotismo es sencillamente pernicioso—por no darle otro calificativo más duro, pero más adecuado y que á estas horas nos lo estarán aplicando merecidamente en el Extranjero—el fenómeno que se observa en la mayoría de los periódicos españoles.

Reflejo fiel del estado de ánimo del pueblo, á quien, entre todos, han apocado contándole las excelencias de una neutralidad inspirada no tanto por el estudio concienzudo y sereno del supremo interés patrio, como por el miedo á desencadenar las pasiones en nuestro territorio, nuestra Prensa, olvidando que debe ser también norte y guía y sobre todas las cosas maestra de decoro y dignidad nacionales, no ha protestado ni inducido al país y á los poderes públicos á protestar con toda la vehemencia, con toda la santa indignación que merecen las prácticas de la guerra.

Continuar callados equivaldría á una bochornosa confesión de impotencia; de la que afortunadamente estamos muy lejos; á una afrentosa sumisión de nuestras vidas, de nuestra honra y de nuestros intereses á la arbitrariedad de cualquier país, y finalmente, porque equivaldría á llevar al ánimo de los miles y miles de españoles desparamados por el mundo, el sonrojo y el temor de que su nacionalidad no sea una garantía contra toda audacia extranjera.

Por los extraños, porque al final de la contienda, ni de vencedores ni de vencidos sólo cabría esperar el más humillante de los desprecios, cuando no el oprobio de un mortal reparto de nuestro territorio.

Sean quienes sean los vencedores, ¿quiere decirse que respeto, qué aprecio podría merecerles un país que les soporta en silencio, sin protesta ni réplica, todas sus extralimitaciones

y sus arbitrariedades por perjudiciales y ofensivas que sean?

Es duro, es grave el trance, pero hay que salir de él como exige la dignidad nacional.

Grande, enorme, irreparable será, si se confirma, la pérdida de Granados, una de las más legítimas glorias de España, uno de los más grandes músicos del mundo, en pleno apogeo de su talento y en plena apoteosis de su triunfo, cuando el porvenir ofrecía jornadas victoriosas para su talento y para su patria; pero no debe doler ni indignar menos por humanidad y por patriotismo el trágico fin de los demás españoles que con Granados perecieron, ni deben ser olvidados los seres inocentes é indefensos caídos bajo la metralla.

Preconizar el torpedeamiento de indefensos barcos mercantes y, sobre todo, sin reparar en pabellón, matrícula ni pasaje; preconizar también las artes del bloqueo para rendir por hambre á la indefensa población civil, alegando necesidades de la propia conservación y pretendiendo elevar á la categoría de legítima defensa lo que es solamente agresión y crueldad innecesaria, exclusivos de la vía pública á todos los perdonavidas, es un absurdo. El mar es de todos. Los hombres, el honor y la hacienda de los países neutrales han de ser sacratísimos para todo beligerante por poderoso que sea. Hay que convencer á esos beligerantes de que no son el centro del universo, de que también giran como los demás países del mundo alrededor del eje de la tierra, y de que si su vida es preciosa no lo es menos la de los demás pueblos del mundo. Y que entre que perezcan todos los países del mundo y que se salve uno beligerante, es antes el interés universal que el de una sola nación por grande que sea.

Hay que conminar á todos los beligerantes á que se sometan á las leyes universales de la

guerra, por humanidad y por decoro y dignidad patrios y hasta por espíritu de conservación.

Nuestros gobernantes, más atentos á los bajos menesteres electorales que á los altos intereses de la patria, no han hecho que sepamos intención de expresar la indignación y la protesta del pueblo español contra ciertas prácticas de la guerra. Es posible que pasadas las gravísimas preocupaciones electorales caiga en la cuenta.

Si Dios quisiera iluminar el cerebro del Conde de Romanones le haría ver que, uniendo la protesta de España á la de los Estados Unidos, quizás abriera los caminos para un verdadero acuerdo hispano-americano.

Pensar en estrechar los consabidos y anhelados lazos con las repúblicas sur-americanas sin estrecharlos antes con la del Norte es un sueño irrealizable, es la más absurda ilusión.

Piénsenlo los hispano-americanistas bien enterados y caerán en la cuenta de que la alianza que, hoy por hoy, más conviene á España, tal vez sea—yo no tengo competencia para afirmarlo en redondo—con los Estados Unidos antes que con ningún otro país de Europa, y ello nos daría un gran prestigio ante el viejo continente y una garantía imponderable para nuestro porvenir. ¡Nunca mejor ocasión que ahora!

Porque detrás de la alianza con la América del Norte podría venir y vendría el acuerdo con casi todas las repúblicas sur-americanas.

Protestar, pues, con Norte América, contra ciertas prácticas de la guerra es no sólo obedecer los nobles impulsos del caballeresco espíritu de nuestra raza, sino, de añadidura, como ocurre en todos los órdenes de la vida siempre que se obra moralmente, laborar por el porvenir de España.

Nunca mejor que ahora para intentar una liga de neutrales.

E. GONZÁLEZ FIOLE

ARTE Suntuuario

Justo es reconocer que los que hablan con pesimismo de nuestra decadencia artística no están en absoluto desprovistos de razón. Nuestros artistas sienten como nunca el imperativo del *snobismo* y aun- que pugnan por orientar al público hacia aquellas vigorosas modalidades esencial-

mente españolas, tienen que someterse al cosmopolitismo de los gustos para poder vivir de su arte. Donde más ostensibles demostraciones presenta esa perniciosa influencia es en cuanto se relaciona con el arte suntuuario. Por la afición de los dilectantes a lo exótico, hemos ido renunciando sin gloria ni provecho a nuestra personalidad. En el siglo xvi España poseía la más brillante industria manufacturera. El influjo que los artistas bizantinos—emigrados, por la toma de Constantinopla—ejercieron en Venecia, Génova y Florencia, transmitióse a nuestro país con caracteres de verdadero esplendor. Sólo las famosas fábricas de paños artísticos de Segovia consumían anualmente 178.500 arrobas de lana y daban ocupación a 34.000 obreros. Granada, Sevilla, Jaén, Córdoba, Valencia, Barcelona, Toledo y otras poblaciones de Castilla rivalizaban en sedas, tafetanes, rasos, damascos y terciopelos y ocupaban a un millón de personas. Damián de Olivares y Diego Mejía nos dicen cuánto influyeron aquellas artes industriales en la prosperidad nacional. Y no debieron andar equivocados al afirmar tal influencia porque, se-

Trabajo en hierro repujado y cincelado, obra de los Sres. Pontones y Prast

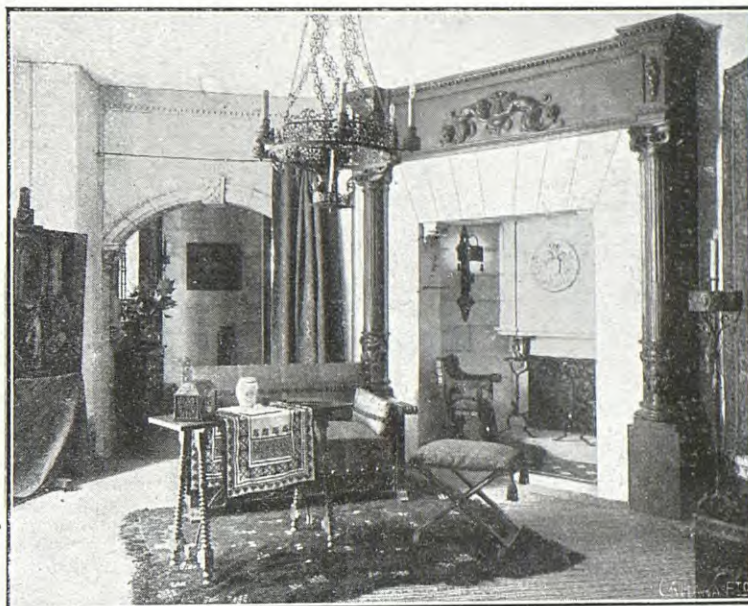
Reciente está un caso que lo acredita. No ha mucho inauguró una exposición, por todos conceptos admirable, debida al esfuerzo de una entusiasta trinidad en la que el buen gusto, el amor a nuestro arte y la inteligencia han colaborado al unísono. Nos referimos a la instalada en la calle Zorrilla, 27, esquina a

la del Marqués de Cubas. Tres artistas que en la práctica glosan la bella frase de Gladstone, de que en el trabajo se halla la mejor dicha, imaginaron aunar su esfuerzo para ofrendar a las gentes algo que fuera esencialmente español. Carlos Mariani, alma de la empresa, temperamento artís-



Instalación estilo español Renacimiento

FOTS. SALAZAR



Salón estilo Renacimiento (de la Casa Mariani)

tico bien cultivado, puso lo más preciso: el dinero; Antonio Prast que, como Carlyle, cree que la ociosidad es una perpetua desesperación, su actividad infatigable y su dirección expertísima, fruto de una vasta y depurada cultura, y Juan Tomás Pontones, repujador magnífico, toda su sabiduría de glorioso artífice.

Los tapices y sedas que, como los de Tiro, Sidón y Corinto, fueron famosos, pueden volver a adornar las suntuosas mansiones señoriales; los repujados dignos de cinceladores cual Michelagnolo di Pizidimonte, podrán lucir en las vitrinas de los magnates sin quebranto para su fortuna; los broncees espléndidos, los cincelados ventanales, las puertas del más puro mudéjar, podrán exornar nuevamente los palacios; los preciosos azulejos de Sevilla, podrán plasmar con el mismo carácter de antaño las galas heráldicas; las preciadas ánforas, los esbeltas jarrones, los tífobres y macetas talaveranos, harán revivir la visión halagüeña de aquellos días; los bargueños primorosos, los recios y tallados sillones, todo cuanto es concreción del estilo de aquella época gloriosa, podrá ser reproducido con tan asombrosa fidelidad que, a no ser por la pátina del tiempo, nadie sabría diferenciarlo. Para ello, de cada mueble, de cada herraje, de cada tapiz, de cada repujado, poseen para modelo un auténtico original. ¿No es esto realmente admirable? Y, sin embargo, tanta labor—que supone gastos cuantiosos, la selección escrupulosa de los artífices y un esfuerzo intelectual impagable—no influye para nada en el precio de venta. Diríase que como lema tomaron aquel humorismo con que el filósofo justificaba su felicidad: «No se permite la entrada a las desazones del negocio». Vender no es el fin, es el medio para procurarse recursos con que seguir trabajando. El propósito sólo es demostrar a las clases adineradas, tan aficionadas a lo exótico, cómo pueden hermanarse el culto al arte con la comodidad y la economía. ¿Lo conseguirán? Lástima fuera que no, porque pocas veces fué una industria más artística y un arte menos industrial, en la acepción mercantil del vocablo. Y ya que el esfuerzo que Mariani, Pontones y Prast realizan no halle la debida compensación, que tenga al menos el estímulo de que su obra es apreciada como merece.

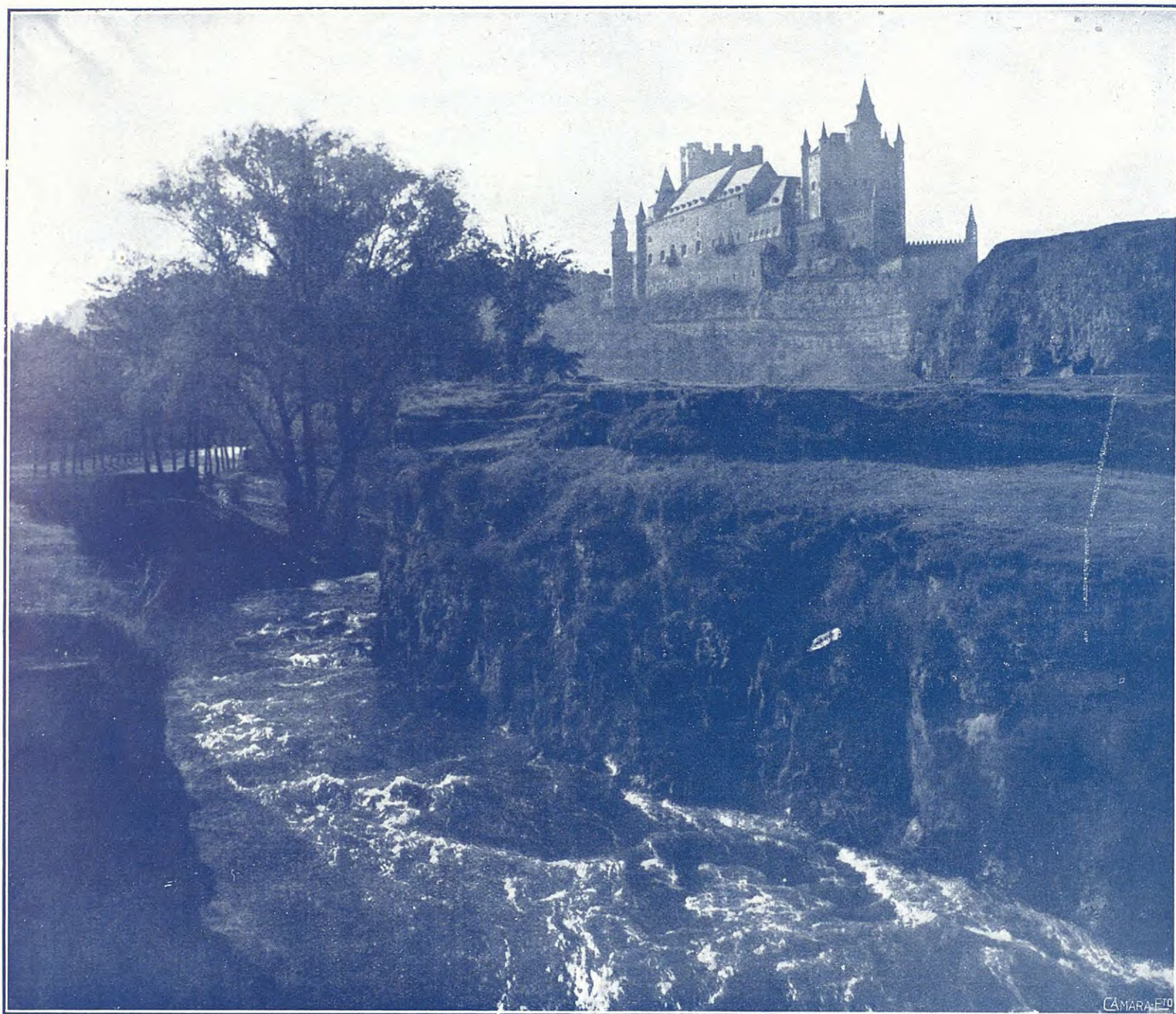
gún Fernández Navarrete y Francisco de Cisneros, al comenzar la decadencia de esas industrias artísticas inicióse la despoblación de España. Por eso Campomanes, en su introducción al discurso de D. Francisco Martínez de la Mata, sobre la educación de los artesanos, decía que era imposible la prosperidad de la Agricultura sin que florecieran las Artes, y que éstas no serían útiles quitando a los obreros del campo, sino reduciendo a los mendigos y a los ociosos a la aplicación de los talleres y obradores. La experiencia ha demostrado luego cómo sus atinadas razones no obedecían a un vacío retoricismo. Por si esto no bastase, recuérdese el ejemplo de Inglaterra creando su «Department of practical art» para fomento de las artes aplicadas a la industria y los asombrosos progresos conseguidos merced a esa institución.

En todas las naciones los gobiernos se preocuparon de intensificar la producción de las industrias artísticas. ¿Y qué han hecho los nuestros? ¿Qué iniciativas han protegido? No sería, pues, justo achacar toda la culpa de la decadencia a nuestros artistas. La verdadera raíz de ese mal está en la apatía de las clases directoras.



Modelos de cerámica de Sevilla, Granada y Talavera

EDUARDO ANDICOBERRY



Pintoresca vista del Alcázar de Segovia

FOT. SOL

Donde duerme el pasado

POR alguna ventana del Alcázar, angosta como una saetera, hemos contemplado cierta vez el paisaje segoviano, todo él lleno de misticismo y de senectud. El Eresma, limpio y lento, brillaba entonces como una lanza caída en el llano.

Las iglesias de viejos nombres sonoros—San Juan de los Caballeros, los Templarios...—semejaban fortalezas, y sobre todas las fortalezas se erguía la cruz. Por los senderos de la llanada, cubiertos de polvo, caminaron los libertadores del Santo Sepulcro, en los que los dos temperamentos de la raza se fundieron en una gigantesca unión. Aun duermen las pasadas edades en estos rincones llenos de paz: en la capilla donde se adoró el trozo del santo madero traído de Jerusalem por los Caballeros de la Orden; y en el fondo del precipicio á donde llegó sana y salva la hebrea María del Salto, conversa á la religión de Jesús; y en el monasterio del Parral,—invadido de líquenes y de esas anónimas hierbas de las ruinas,—donde los Marqueses de Villena son, dentro de la flügrana de mármol de sus tumbas, un puñado de polvo, y donde la penumbra del refectorio y la resonancia de las celdas vacías guardan un suave misterio evocador.

La catedral y el alcázar, las dos cumbres del pueblo, son como dos esquemas históricos. La

sombra del pasado, que os abandona al cruzar entre los estantes repletos de carpetas rotuladas en el interior del palacio, vuelve solemnemente á vosotros: he ahí el balcón desde donde cayó el infante Don Pedro, hijo de Don Enrique II; he ahí el salón del trono, tal como estaba antes de que un incendio destruyese el Alcázar. Bajo el dosel mayestático, en los dos góticos sitiales, entre los pendones de Aragón y de Castilla, la imaginación coloca las figuras de Isabel y de Fernando, los monarcas de la unidad española; y, en los peldaños, quizás dos barbudos reyes de armas, de dalmáticas rojas y amarillas; y dos pajecillos, también. Los escabeles aguardan á un lado á las damas de corte que habrán de sentarse en ellos tras una reverencia ceremoniosa.

Un capitán llegado de luchar con los moros, pondría á los pies de los Reyes, en el último peldaño del trono, la espada de un caudillo agareno, ganada en fiera lid. Y desde las ventanas abiertas en los recios muros, vería el monarca «como Castilla se ensanchaba» ante los caballos de sus huestes cubiertas de acero.

Y en este ambiente de intensidad, el alma advierte el deseo de identificación: ser águila en un campo castellano, para subir hasta lo azul, sobre las cumbres nevadas, sobre los llanos sin arboleda; ser guerrero que hicies: sonar sus es-

puelas en el patio de un castillo, ó que se inmovilizase ante la puerta blasonada de la estancia de un rey, las manos apoyadas sobre la cruz del mandoble; ser monje que pasase horas enteras oyendo cantar á un pájaro en el jardín y viendo después cómo el ave huía sobre los muros.

Y miramos desde la torre del Alcázar para guardar esta impresión con más vigor en lo íntimo. Y vemos las viejas murallas, y el apacible Eresma, y las casas pintadas de ocre, de amarillo, con el color de una piel envejecida, ó estas otras casas de pétrea fachada y de recuerdo histórico, como la de los Picos, como la de Juan Bravo, el comunero... Y la catedral; y más lejos el campo sin árboles; y más allá los montes nevados... La cumbre de uno, finge la silueta de una mujer muerta, tendida sobre su espalda, cruzadas las manos sobre el pecho; se vé claramente el perfil: la frente, el mentón, el cuello, el pecho, el vientre, las piernas, los pies. La llaman así: «La mujer muerta». Y desde lo alto, blanca y fría de nieve, domina el haz de campanarios y de torres como un símbolo gigantesco.

Es la estatua yacente de la raza, en su propio solar. Hubo que hacerla con montes.

W. FERNÁNDEZ FLÓREZ